

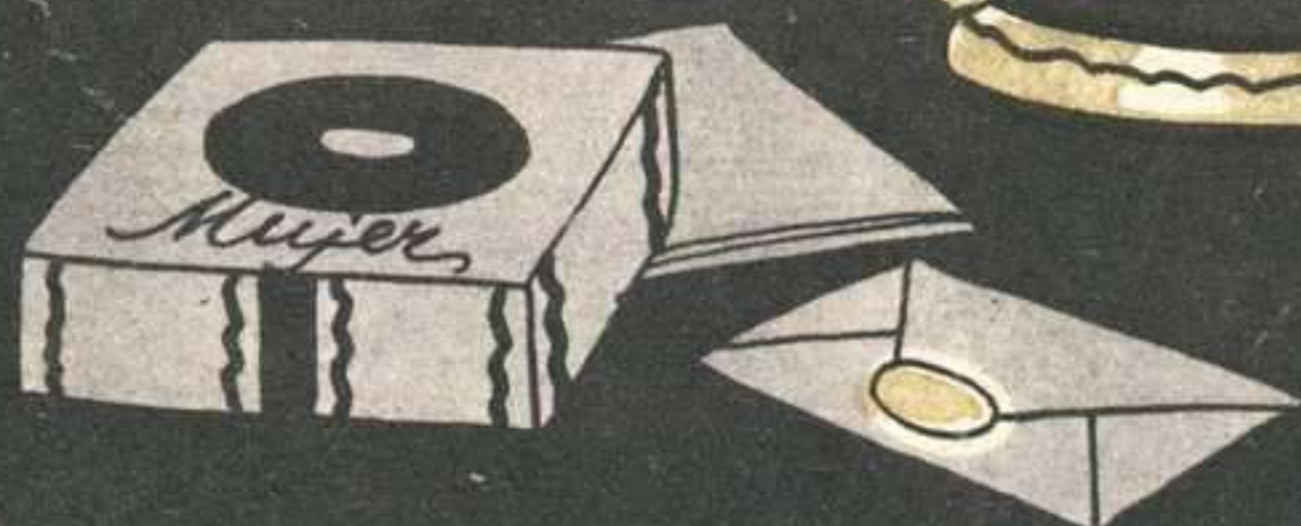
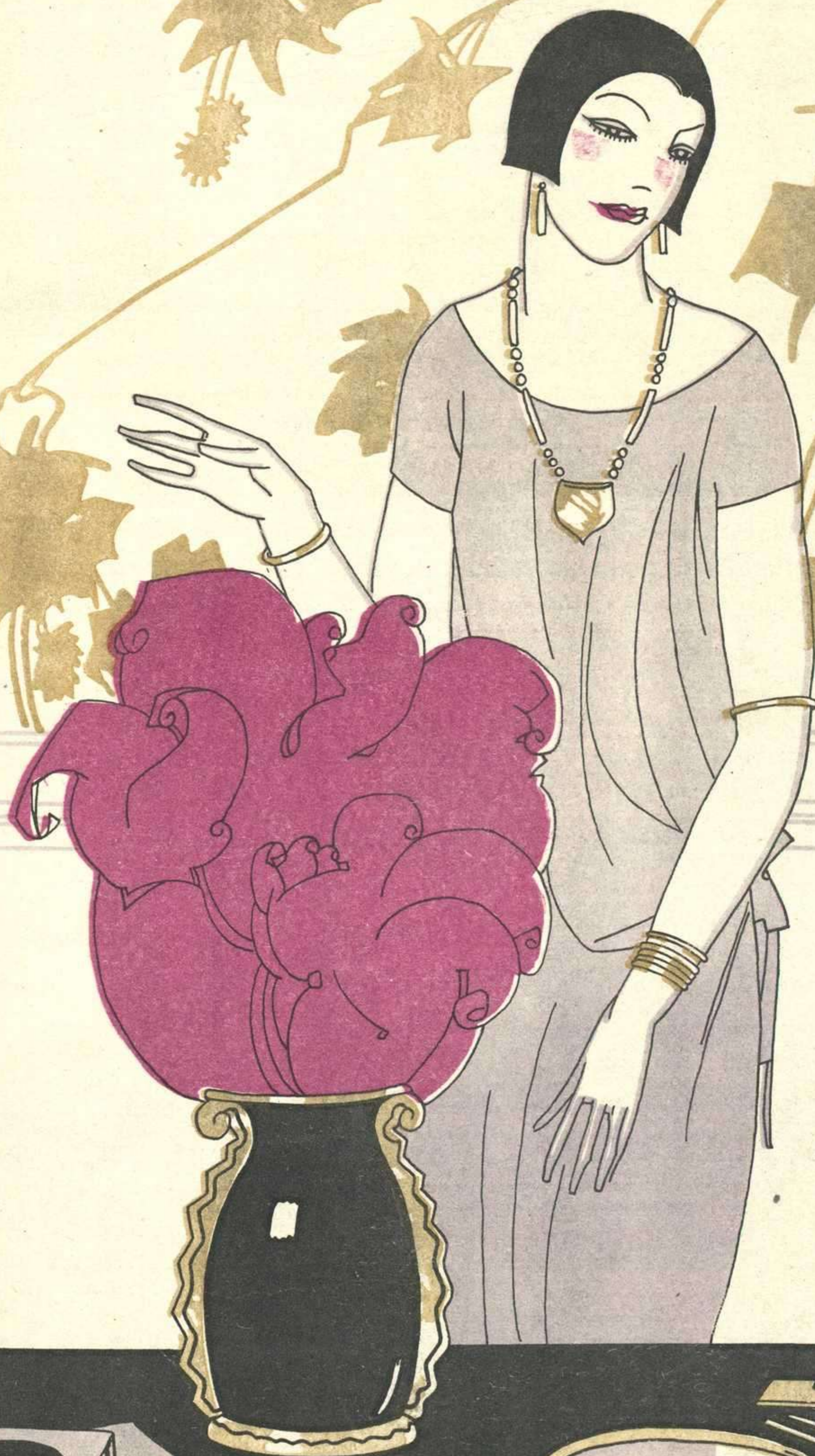
MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 7

50 Céntr.

PENAGOS
XV



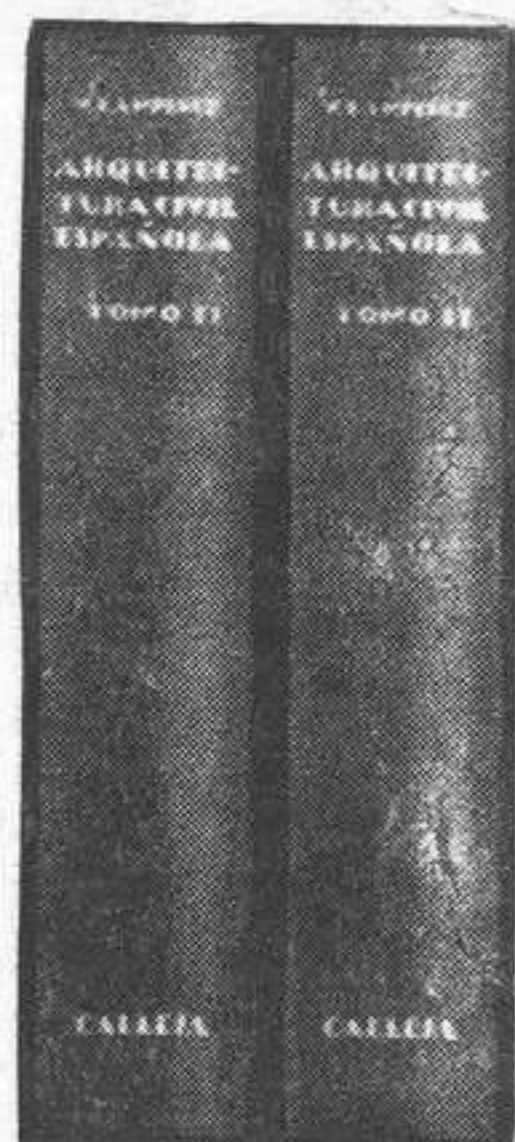
ARQUITECTURA CIVIL ESPAÑOLA

DE LOS SIGLOS I AL XVIII

POR

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA

OBRA PREMIADA POR LA REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA CON EL PREMIO FASTENRATH

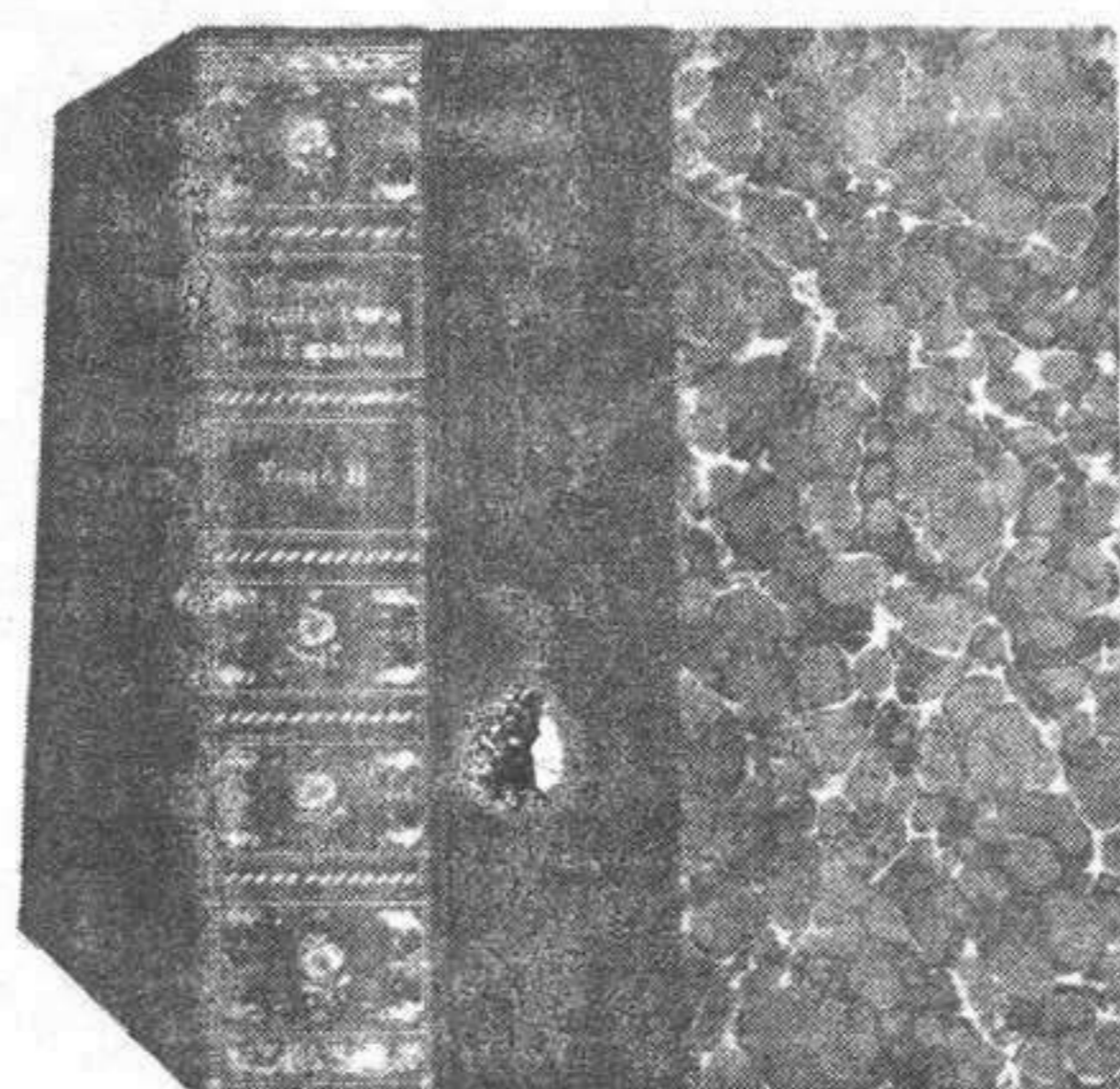
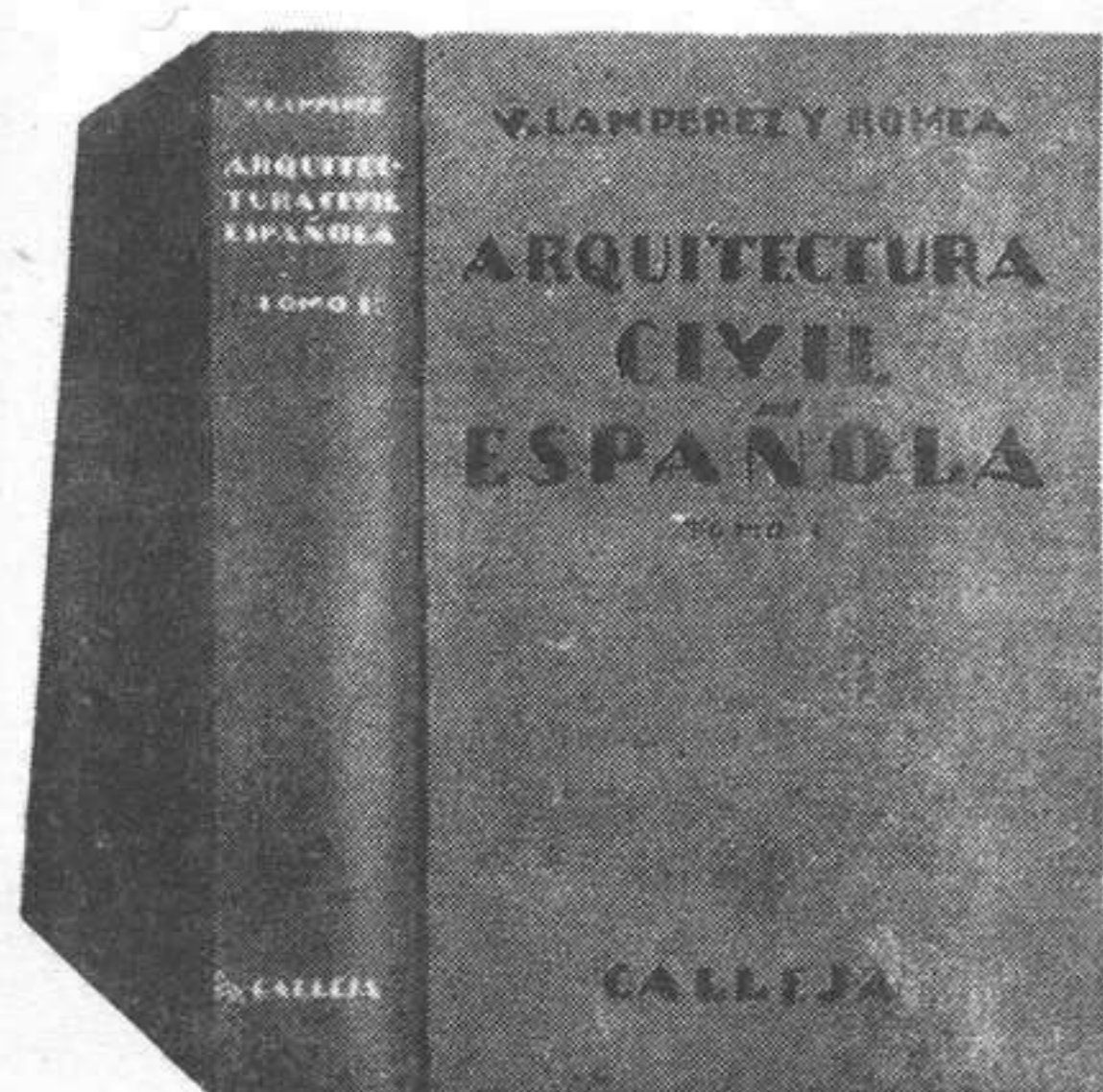


**DOS MAGNÍFICOS
TOMOS CON 1.162
GRABADOS EN PAPEL
COUCHÉ**



Nadie desconoce la personalidad ilustre de Lampérez. Un libro, en el que aquel sabio maestro enfoca con la luz poderosa de su insuperada autoridad cada monumento de la riquísima colección desparramada por España, es algo excepcional en mérito y en interés, y nada podría añadirse para encomiar el uno y el otro si no cupiera agregar que la documentación gráfica de la obra es de una esplendidez tan inusitada, que ella sola representaría un tesoro de información y de arte, aunque no tuviera trenzados en torno suyo los juicios certeros, los comentarios luminosos del maestro Lampérez, de inolvidable memoria. Nadie puede preciarse de amar el Arte español, *primus inter pares*, sin haber estudiado estos dos volúmenes sustanciosos y riquísimos.

DOS TOMOS CON 1.320 PÁGINAS, DE 289 × 200 mm.



En rústica, 125 pesetas.
En tela, 137 pesetas.

En medio chagrín, 155 pesetas.
En chagrín fino, 175 pesetas.

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., Apartado 447. — MADRID

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

PUBLICACIÓN SEMANAL
NÚMERO 50 CÉNTIMOS

Año I.—Núm. VII.

Miércoles 7 Octubre 1925

Administración, cierre y talleres: SAN SEBASTIÁN

Administración, correspondencia y suscripciones: MADRID. APARTADO 447

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A. Calle de Valencia, 28

SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA: Año, 23 pesetas. Semestre, 12 pesetas :-: OTROS PAÍSES: Año, 35 pesetas
CON SUPLEMENTO EN COLORES, 0,25 pesetas más al mes.

Vistas
de mujer



FOTO. RESINES.

Belen Morenes



los que se figuran que la vida de las muchachas del gran mundo transcurre entre fiestas, sin un pensamiento profundo, sin una ocupación seria, entregada, en fin, de lleno a la frivolidad, les bastaría una conversación con la hija de los marqueses de Argüeso para desengañarse de su error.

Muy bella, alta, esbelta, rubia, la luminosidad de sus grandes ojos claros, iluminando su rostro sonrosado —tampoco falta, por supuesto, quien crea que la cultura espiritual resta lozanía a la belleza femenina—, la señorita Morenes posee una mentalidad extraordinariamente cultivada. Se interesa por todas las manifestaciones del arte con un ahinco y una perseverancia de



que son capaces muy pocas de esas feministas pedantes y marisabidillas, cuya intelectualidad se traduce principalmente —a veces exclusivamente— por un olvido lamentable de las amables características de la feminidad.

Verdad es que Belén, *a de qui tenir*, como dicen los franceses, y sus cualidades mentales, sin dejar de encantar, sorprenden menos si se recuerda que es hija de aquel gran espíritu que fué el marqués de Argüeso y de esta noble dama que ha transmitido a su hija algo de las singularísimas dotes artísticas que la adornan.

En efecto, la marquesa de Argüeso es una consumada artista que domina la pintura decorativa. En la suntuosidad de su casa, mil objetos, tales como arquetas repujadas, tapices de estilo medieval, mesitas orientales, etc., etc., decorados o confeccionados por esta gran dama, son otras tantas pruebas de la originalísima fantasía de su talento.

En cambio, las preferencias de la señorita Morenes se encaminan hacia la música. En el piano, ha llegado a un raro virtuosismo, bajo la experimentada dirección de una maestra de nacionalidad polaca, la misma que dirige los estudios musicales de SS. AA. RR. las infantitas Beatriz y María Cristina.

Sabedora de las aficiones de Belén Morenes, encauzo sobre el terreno de la música los principios de nuestra conversación.

—De los compositores modernos, ¿cuáles tienen sus preferencias? —pregunto.

—Me encantan los rusos —contesta ella con la seguridad que lo profundo de sus conocimientos suele dar a sus afirmaciones—. Me gustan, sobre todo, Rimsky Korsakoff, Borodine y Stravinsky, si bien este último, a decir verdad, me parece un poco loco.

Encuentro la escuela francesa algo floja. Su más ilustre representante, Claude Debussy, se me antoja, en el fondo, un disfrazado imitador de Wagner, que lanza notas a diestro y siniestro, al buen tuntún.

—¿Y de los españoles?

—Falla.

—Es el piano su distracción favorita, ¿verdad?

—Es, acaso, la que más me satisface, porque si bien me gusta la lectura con pasión, raro es que encuentre un libro que me interese.

—¿Y cuáles son los que la interesan?

—Los libros que son instructivos, los que me enseñan algo, como, por ejemplo, los de historia de arte, que prefiero a todos; pero éste es un género casi desconocido aquí y me veo reducida a las obras extranjeras, entre otras, las de Robert de la Sizeranne.

—¿Las novelas no le gustan?

—Me parecen un género bueno para pasar el rato en el tren o durante una convalecencia; en casa, en situación normal, dedicar un solo momento a leer novelas, me resulta inadmisibile.

Claro está que he leído algunas; pero muy pocas me han gustado. De los autores franceses me agradan Bourget o Bordeaux; las novelas inglesas me resultan excesivamente folletinescas; más que libros, son películas.

—¿Y... españolas?

—No leo ninguna —declara rotundamente—. No existen en España autores a los que pueda leer una muchacha. Ahora, sobre todo, les ha dado a nuestros novelistas por tratar de asuntos escabrosos o entregarse a un bajo realismo, pintando tipos y describiendo ambientes que en nada pueden interesar a una muchacha como yo.

—Entre la música y la lectura, hará usted una vida algo sedentaria, ¿no?

—¡Oh!, de ningún modo. Las mismas ocupaciones culturales que tanto me absorben he de buscarlas constantemente fuera de casa. Visito exposiciones, acudo a conferencias, principalmente a las de la Residencia de Estudiantes, y formo parte de la Sociedad Filarmónica, cuyos conciertos son uno de mis deleites principales.

Por otra parte, también practico deportes: el *tennis*, la equitación, la caza, el automovilismo. Ahora que ni monto a caballo, ni guío en Madrid: detesto la exhibición.

—¿Va usted mucho al teatro?

—Nunca. En Madrid, no voy porque los espectáculos suelen reducirse al género de «astrakán», que me molesta; en París, tampoco voy al teatro, por la excesiva crudeza de la mayoría de las obras que representan.

—¿Entonces, el capítulo de diversiones es casi nulo para usted?

—Eso no; yo asisto a fiestas y bailo con frecuencia; pero bailo solamente entre amigos, en «nuestro grupito», jamás en la promiscuidad de los grandes hoteles, donde me sentiría completamente fuera de lugar.

—Ahora, me voy a permitir hacerle a usted una pregunta que....

Pero mi bellísima interlocutora ya ha leído las entrevistas anteriores publicadas en MUJER y se adelanta gentilmente a mi interrogación:

—Apuesto que me va usted a preguntar qué profesión escogería si tuviera que ganarme la vida.

—Precisamente. Y yo, por mi parte, apuesto que me va usted a decir que se dedicaría a la música.

—Pues perdería —contesta. Y añade—. Para dedicarse a la música es preciso, o dar lecciones, de lo cual no me siento capaz, o dar conciertos, lo cual exige un talento fuera de lo corriente.

—Y usted, por lo visto, ¿no cree poseerlo?

Una sonrisa es la más modesta de las contestaciones.

Y Belén Morenes, tras de reflexionar un momento, dice:

—Probablemente me dedicaría a la medicina; al menos, poseo para ello una condición esencial.

—¿Y es...?

—Que no tengo sensiblería. Mi energía física me permite presenciar impunemente cualquier espectáculo de los que suelen provocar en las mujeres lágrimas y desmayos. No lo digo para alabarme, ni creo tener en ello mérito o demérito de ninguna clase; soy así.

Y siendo «así», es quizás Belén Morenes una perfecta encarnación de mujer moderna, en el buen sentido de la palabra: inteligente, culta, enérgica... y bella.

CARMEN DE AVILA.

UNA NOCHE DELICIOSA

por
P. G. WODEHOUSE

(Continuación.)

Un relámpago iluminó la confusión de Dudley. Aquella discusión que había tenido con aquellos dos pelmazos en el Drones Club había versado sobre disfraces. Ambos pelmazos iban a ir aquella noche a un baile de máscaras. El pelmazo número uno había acudido a Dudley para que le ayudase a convencer al pelmazo número dos de que en tales andanzas un hombre sensato debía atenerse al prudente y seguro traje de *pierrat*. El pelmazo número dos juraba y perjuraba que él sufriría muerte infamante antes que consentir en ponerse traje tan desprovisto de inventiva. El se disfrazaría de niño. Y Dudley recordó, angustiado, que había estado, con tal motivo, tomándole el pelo, burlándose de él y profetizándole que, en tal guisa, parecería el más acabado de los imbéciles.

Y en aquel momento se había dado cuenta de que era muy tarde, había echado a correr al guardarropa, y, sin duda, había cogido, en vez de su maleta, la del pelmazo del disfraz.

—¿Usted ve esto? —dijo—. ¿Cómo bajo yo a comer con esto?

—El señor cree... —dijo el criado respetuosamente, pero con una falta de interés y de simpatía realmente inhumana.

—Mire, lo mejor que puede usted hacer es ir a decirle a esa vieja..., digo —prosiguió Dudley, rectificándose— que lo mejor me parece que vaya usted a decir a Lady Wickam que Mr. Finch le presenta sus excusas, y que está terriblemente atribulado, porque habiéndosele perdido su frac, no tendrá más remedio que bajar a comer con este mismo traje que tiene puesto.

—Muy bien, señor.

—¡A propósito! —una horrorosa idea atenzó a Dudley—. ¡A propósito! Estaremos solos, ¿verdad? Quiero decir que no habrá nadie más a comer.

—Al contrario, señor —dijo el criado con prosopopeya—. Hay varios invitados.

o o o

El Dudley que un cuarto de hora después entraba arrasándose en el comedor era un Dudley marchito y desmoralizado.

Digan lo que quieran los moralistas, no basta una conciencia tranquila para sostener a un hombre en todas las crisis de la vida.

Dudley había recibido una perfecta educación, y el hecho de estar cenando en casa extraña con un traje chillón, de cuadros escoceses, le producía una angustiosa certeza de acto ilícito, a la que en vano intentaba sobreponerse.

Y, ¡oh ironía! En otras circunstancias, en la normalidad habitual, Dudley se hubiera divertido en grande al contemplar con desdén burlón la indumentaria de los demás invitados masculinos. La manga izquierda del comensal sentado frente a él tenía una arruga lamentable. El que estaba al lado de la muchacha del traje rosa podría acaso poseer un corazón de oro, pero el chaleco que lo cubría era una birria indecente. En cuanto a la corbata de aquel otro medio oculto tras Lady Wickam, aquello no era una corbata, en el grave sentido de la palabra: aquello no era sino una ocurrencia lastimosa. Bueno, pues así y todo, la envidia laceraba el corazón de Dudley al contemplar a tales adefesios.

Apenas comió. Habitualmente gozaba de excelente apetito, y más de una vez había condenado una novela como falaz e inverosímil por haber leído que el protagonista había apartado de sí el plato sin tocarlo. Hasta aquella noche, nunca había él supuesto que semejante hecho fuera posible. Pero la vida es un arcano, y aquella noche la comida fué para Dudley un hecho baldío, sin interés positivo apreciable. Su ambición única era virar de bordo, desaparecer y quedar a solas con su desventura. Sin duda, tras la cena se organizaría algún partido, alguna distracción; pero no, por cierto, con la colaboración de Dudley Finch. Para Dudley Finch no había sino la tranquila soledad del cuarto azul.

En él se hallaba sentado un par de horas después, cuando vino a su mente algo que Roberto había dicho acerca de Roland Attwater y su fuga en el tren de la leche. En aquel momento, apenas había

concedido atención a tal detalle; pero ahora, se insinuó primero creció después más y más la convicción de que aquel tren de la leche iba a alcanzar una gran importancia estratégica en su vida. Aquella siniestra casa debía de ser el tipo justo de casa en la que los amigos debieran normalmente largarse en el tren de la leche. Era, por tanto, prudente medida prepararse al efecto.

Una vez más tocó el timbre.

—¿Llamaba el señor? —dijo el criado.

—Dígame —contestó Dudley—, ¿a qué hora sale el tren de la leche?

—¿El tren de la leche, señor?

—Sí, hombre; el tren que lleva la leche a Londres.

—¿Desea el señor un vaso de leche?

—¡No! —Dudley reprimió, no sin esfuerzo, un violento deseo de descalabrar al doméstico con uno de los famosos zapatones—. Lo que quiero es saber a qué hora sale mañana el tren de la leche, por si..., hum..., por si vinieran inesperadamente a buscarme muy temprano. Eso es lo que quiero.

—Voy a enterarme, señor.

El criado marchó a las habitaciones de servicio, gozoso portador de importantes noticias.

—¡Qué bueno! —dijo.

—¿Qué hay, Tomás? —preguntó Simmons, benévolo.

—Ese pelmazo, el marqués de los Cuadritos (cariñoso remoquete con que ya conocían a Dudley de escaleras abajo), que se prepara a largarse en el tren de la leche.

—¿Cómo? —exclamó Simmons irguiendo en la silla su amplia humanidad. Su semblante no reflejaba el visible regocijo de su subordinado—. Hay que comunicárselo a Su Señoría. Hay que comunicárselo a Su Señoría inmediatamente.

Acababa de despedirse el último invitado, y Lady Wickam estaba preparándose para retirarse al bien merecido lecho, cuando apareció Simmons, grave y preocupado.

—¿Podría Su Señoría escucharme un momento?

—¿Qué hay, Simmons?

—Ante todo, ¿podría osar la libertad de preguntar a Su Señoría si ese... hum..., ese caballero del traje a cuadros es amigo personal de Su Señoría?

La pregunta produjo gran sorpresa a Lady Wickam. Tan impropia era de Simmons semejante indiscreta investigación acerca de sus huéspedes, y a punto estuvo de reconvenirle por ella. Pero tuvo el presentimiento de que hacerlo así, iba a privarle de una información interesante, y repuso afablemente:

—El se dice amigo de miss Roberta, Simmons.

—Él se dice —añadió el mayordomo, sin cuidarse de velar el matiz siniestro que sus pensamientos transmitían a su voz.

—¿Qué insinúa usted, Simmons?

—Su Señoría me perdone, pero estoy convencido de que la presencia en la casa de ese sujeto encierra algún oculto designio criminal. Tomás acaba de confiarme que la maleta del susodicho huésped contenía todos los elementos de un disfraz.

—¿Un disfraz? ¿Qué clase de disfraz?

—Si Su Señoría me lo permite, Tomás no ha especificado con la minuciosidad deseable los detalles todos; mas he podido colegir que tratábase de un disfraz de catadura juvenil. Añádese que hace un instante el interesado ha hecho indagaciones conducentes a averiguar la hora de salida del tren de la leche.

—¿Del tren de la leche?

—Del tren de la leche, Milady. Tomás me informó igualmente de otro hecho: ese sujeto dejó transparentarse visible contrariedad cuando supo que esta noche había en la casa otros invitados. Si Su Señoría me hace el honor de inquirir mi parecer, habré de exponerlo favorable a la hipótesis de que el intruso proyectaba lo que pudiéramos denominar una limpieza general inmediatamente después de comer, y escapar muy luego a las nueve y cuarenta y siete. Habiendo su plan fallido, merced a la presencia de los invitados, pro-





pónese modificarlo retrasando la operación a las horas silenciosas de la madrugada, y la huída a la de partir del tren de la leche.

—¡Simmons!

—Milady, tal es mi opinión, si Su Señoría me concede su venia.

—¡Dios todopoderoso! Ese hombre me aseguró que Miss Roberta le había prometido venir aquí esta noche, y ¡Miss Roberta no ha venido!

—¡Astucia, Milady! Ardid para ganarse la confianza de Su Señoría.

—Simmons —dijo Lady Wickam, mostrando en la hora difícil la mujer fuerte que albergaba su persona—: tiene usted que velar esta noche.

—¡Con un fusil, Milady! —exclamó el mayordomo con el entusiasmo de un ferviente deportista.

—Sí, con un fusil; y si le descubre usted merodeando, debe venir a avisarme inmediatamente.

—Perfectísimamente, Milady.

—Cuide usted de no hacer el menor ruido.

—Seré una sombra, si Su Señoría me permite la expresión.

□ □ □

Dudley, entre tanto, en su refugio del cuarto azul, llevaba algún tiempo lamentando —por instantes, con mas indudable intensidad—

aquella preocupación, que poco antes, en el comedor, le había hecho mostrarse sobrio en demasía. La paz del cuarto azul había sosegado su sistema nervioso; y ayudado por la calma circundante, había venido a descubrir que estaba terriblemente hambriento. Un hado pérfido había maquinado contra él para impedir que en todo el día ingiriese la adecuada dosis cotidiana de carbohidratos y de proteínas. Mientras aguardaba en el Claridge a Bobbie, ya estaba hambriento; pero al verla aparecer, el amor condujo su espíritu por rutas distantes del *menú*, y el resultado fué un almuerzo de singular parquedad y ligereza. Desde entonces no había ingerido sino los raros y espaciados fragmentos de cena que, no sin trabajo, había logrado deglutir en el comedor.

Miró el reloj. Era más tarde de lo que había supuesto. Y muchísimo más de lo necesario para que hubiera podido llamar al timbre y pedir unos sandwiches si, además, las circunstancias en que se encontraba en aquella maldita casa no le hubieran impedido semejante petición.

Se tumbó en la cama e intentó dormirse. El criado le había dicho que el tren de la leche salía a las tres y cuarto, y Dudley estaba completamente decidido a pescarlo. Mientras antes pudiera largarse, mejor. Pero, por de pronto, lo que ansiaba, lo que anhelaba, era algo de comer, algo: lo que fuese.

Cada una de las partes de su organismo parecía en aquel momento creada especialmente para formar con todas las demás un coratronador de alaridos salvajes, en demanda imperiosa de sustento.

Pocos minutos más tarde, Lady Wickam, que en su cuarto aguardaba con todos los nervios en tensión, escuchaba unos *golpecitos* en la puerta, reveladores de que había llegado la hora.

—¿Qué hay? —dijo muy bajito, entreabriendo cuidadosamente la puerta y sacando la cabeza.

—El hombre, Milady —murmuró la voz de Simmons en la oscuridad.

—¿Merodea?

—Merodea, Milady.

La huésped por fuerza de Dudley, era mujer decidida y de carácter. Desde su infancia la habían acostumbrado a la caza y a otros rudos deportes de la aristocracia rural. Y aunque hasta entonces no había tomado parte en una persecución de bandoleros, no le hizo ascos a aquel primer ensayo en perspectiva. Invitó al mayordomo a seguirla y, reajustando el ceñidor de su bata, marchó a grandes pasos corredor adelante.

No faltaban, por cierto, signos indicadores del *goal* perseguido. Los progresos de Dudley, desde su cuarto al comedor —en cuyo aparador dormían fruta y galletas, objetivo de su empresa—, habían distado no poco de desarrollarse entre un silencio sepulcral. Comenzó por tropezar con una silla, y ahora, cuando la huésped y su escudero empezaban a bajar las escaleras, acababa de entrar en fragorosa colisión con un monumental biombo, que vino a tierra con irremediable estrépito. Haciendo estaba Dudley esfuerzos

inauditos para lograr la peliaguda empresa de extraer su pie de una de las hojas del biombo, que por malaventura había perforado, cuando una voz sibilante y apagada le llegó desde las alturas:

—¿Le ve usted, Simmons?

—Borrosa, pero suficientemente, Milady.

—Pues si da un paso más, dispare usted.

—Perfectamente, Milady.

Dudley, de un brioso tirón, arrancó su pie del cepo fatal y lanzó hacia arriba una mirada de horror.

—¡Eh! —gorgéó—. ¡Oígan, que soy yo!

La luz inundó el *hall*.

—¡Que soy yo, hombre! —repitió Dudley calenturiento.

El descubrimiento en manos del mayordomo de aquel formidable fusil había elevado su temperatura hasta las cercanías del grado de ebullición.

Lady Wickam le respondió glacial:

—¿Qué hace usted aquí a estas horas, mister Finch?

Un irresistible sentir lo delicado de su posición, inundó el espíritu de Dudley.

Su respeto por las convenciones sociales era devoto y perfectísimo, e inmediatamente se dió cuenta de que la situación requería el más exquisito cuidado, la medida más discreta. ¡Qué inconveniencia, qué falta de tacto —pensó al punto—, supondría en un huésped pocas horas antes obsequiado por la dueña de la casa con una espléndida comida, anunciar a esta misma dueña de la casa que había sido irrefragablemente compelido por un hambre devoradora a recorrer la casa en busca de algo que comer!

Rígido y mudo Dudley pasábale la lengua por los labios. Más un instante después, una especie de inspiración acudió a su mente:

—Pues sencillamente... —dijo—: que no podía dormir.

—Paréceme —contestó Lady Wickam— que hubiera usted tenido más probabilidades de lograrlo si se hubiera ido a la cama. ¿Se propone usted pasar la noche dando vueltas por toda la casa?

—¡No; no, señora, no; ni mucho menos! Es que, como le digo, no podía dormirme, y claro, pues... pensé..., hum..., pensé que quizá podía bajar y encontrar algo que leer, ¿comprende usted?

—¡Ah! ¿De modo que es un libro lo que usted quiere?...

—¡Justo!, ¡exacta y precisamente eso: un libro! Si me abre usted el pecho no lee usted en mi corazón más de corrido.

—Voy a mostrarle a usted la biblioteca.

Pese a la severa reprobación que a Lady Wickam no podía menos de inspirarle aquel belitre que se introducía solapadamente en casa ajena para pescar lo que se terciase, el tópic literario, al surgir, trajo consigo una leve atenuación de su rigidez.

Porque Lady Wickam, ardorosa e incansable novelista, gustaba de poner sus obras en todas las manos, aun las más viles.

Introdujo a Dudley en la biblioteca, encendió la luz, y marchó, sin vacilar, hacia el tercer estante, empezando por arriba, el más próximo a la chimenea. Y, escogiendo un volumen de una fila de ellos, llamativamente encuadrados, se lo ofreció.

—Quizá este le interesará —le dijo.

Dudley lo miró dubitativo.

—¡Ah, no! —protestó—. Este, no. No lo he leído, claro, ni pienso, más claro aún: ¿no ve usted que es de George Masterman?

—¿Y qué? —dijo Lady Wickam, glacial.

—¡Por Dios, si todo lo que escribe es una lata horrible! ¡Lo que es yo...! ¿No está usted conforme?

—No mucho, la verdad. Cierto que en mi opinión influye, quizá, el hecho de que George Masterman es el seudónimo con que yo firmo mis obras.

Dudley parpadeó ágilmente.

—¿Que usted es...? —balbuceó—. ¿Que usted usa...? ¿Dice usted que...?

Un imperativo deseo de estar en otra parte cruzó todo su sér.

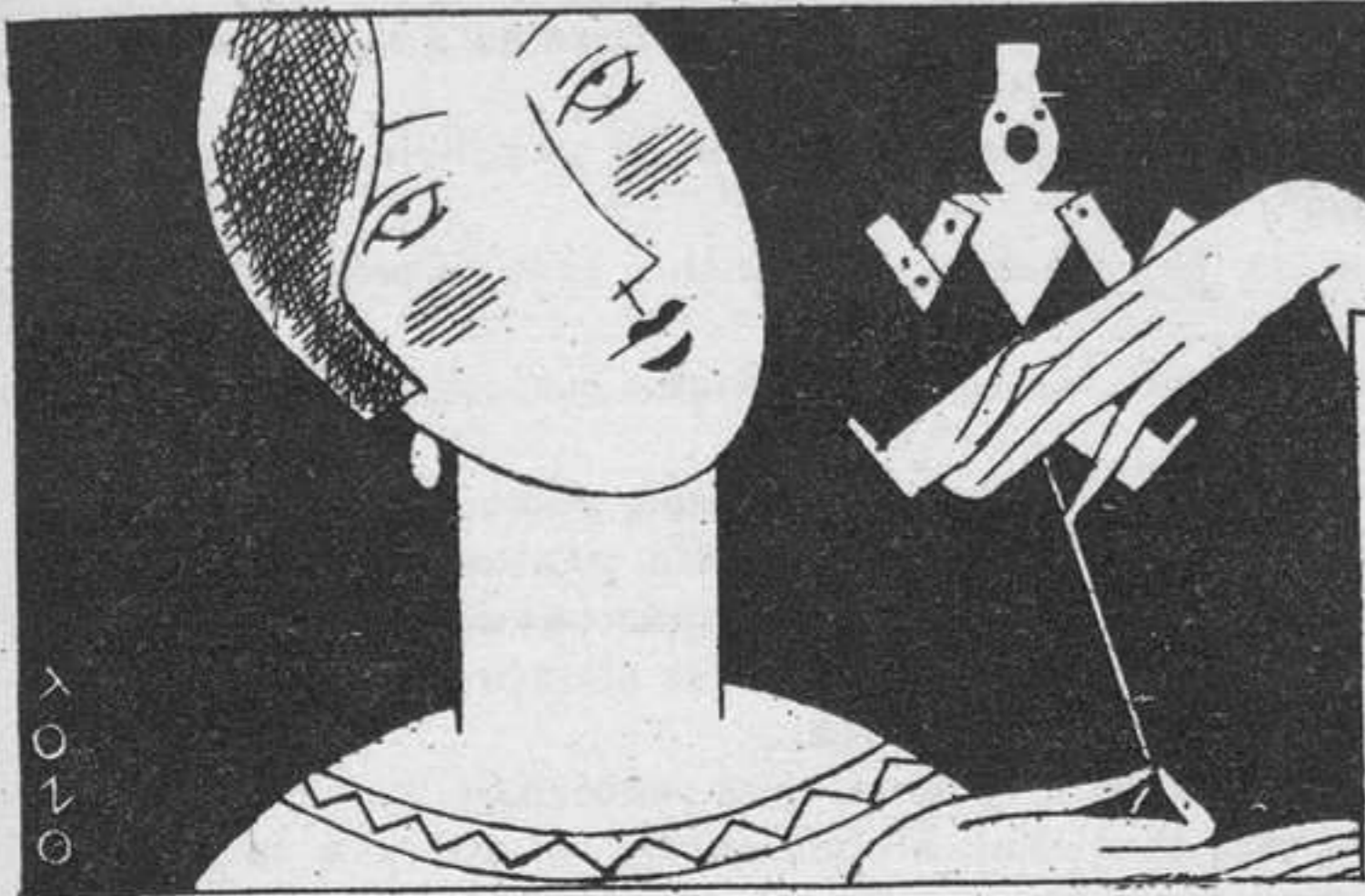
—Este, este está muy bien —dijo arrebatando sin tino el primer libro que tropezó su mano—. Este es estupendo. ¡Vaya, muchas noches! ¡Buenas gracias! ¡Repito, repito, gracias, gracias! ¡Buenas noches! ¡Adiós! ¡Adiós!

(Continuará en el número próximo.)

(Traducción del inglés por RAFAEL CALLEJA.)



T. E. EVANS



MONINA

NOVELA

POR

G Y P

(Continuación.)

Por último, la joven dijo con cierta tristeza:
—¿Por qué no quiere decírmelo? ¿No soy en cierto modo amiga suya?

El profesor balbuceó:

—¡Oh, señorita, no puedo asistir a esa velada porque..., ya verá usted que prosaico..., porque no tengo frac...!

—Pero tiene usted tiempo para que se lo manden. Además, lo necesita usted para la comida del jueves.

Giraud enrojeció de súbito.

—No pueden mandármelo ni para el jueves ni para después, porque no lo tengo.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Vamos, es una broma.

—No es broma, señorita. No tengo frac.

Y añadió con sonrisa infinitamente triste:

—Hay muchos pobres diablos como yo que se encuentran en el mismo caso.

—¡Oh! —dijo Monina estrechando con brusco ademán la mano del profesor—. Dispéñeme usted. ¡Qué mala y qué aturdida soy! Va usted a detestarme.

—¿Detestarla, cuando la adoro? ¡Sí, la adoro!

Monina le miró azorada, con una expresión de ternura en el fondo de sus ojos, llenos de lágrimas. Y cambiando de tono respondió:

—Váyase y no vuelva a decir eso. No lo diga nunca más. ¡Nunca!

Desde el umbral de la puerta volvióse él y vio que Monina, sentada en el diván, sollozaba con la cara escondida en los cojines. Sintió anhelos de volver a su lado, pero no se atrevió. Y sin decir nada, alejóse de allí.

IV

Monina, que habitualmente correteaba mañanera por el parque y por la casa, no apareció hasta después de la primera campanada anunciando el almuerzo. Pedrito, inquieto, la abordó antes de que pudiera dar los buenos días a la marquesa y a tío Alejo. Quería saber por qué no la había visto, como de costumbre, en la vaquería, donde a diario se ocupa de los quesos. ¿Por qué no había ido, puesto que no había salido a caballo?

—¿Cómo sabes tú —preguntó Monina— que no he montado a caballo?

—Porque Patatrás estaba en la cuadra. Fui a verlo.

—¿Me vigilas —dijo riendo.

Pedrito se puso colorado.

—Eso no es vigilar. Y que no he sido yo nada más. Éramos nosotros dos, el señor Giraud...

—¡Qué manera de hablar, señor Dios; qué cosa más horrible! —dijo el señor Jonzac, afligido.

—¡Bah! Si hubiera gente..., ya cuidaría de hablar mejor... Pero como estamos solos...

Y volviéndose a Monina:

—Es verdad, sí. Y estaba tan asombrado como yo el señor Giraud, repitiendo continuamente: «Todos los días se la ve recorriéndolo todo. Debe de estar mala». Y yo le decía: «Por eso no; no debe de ser por eso. Monina no está nunca mala». ¿Ve usted, señor Giraud, cómo tenía razón?

—No; no tenías razón. No estaba precisamente enferma, pero sí cansada, destemplada, y acabo de levantarme.

Dirigiéndose al profesor, tan pegado a la jamba de una ventana que parecía querer

incrustarse en ella, y tendiéndole la mano, continuó:

—Le agradezco mucho, señor Giraud, que haya tenido la amabilidad de pensar en mí.

Muy pálido, visiblemente turbado, apenas se atrevió el joven a tocar la pequeña mano que delicadamente se entregaba a la suya con abandono y confianza; pero se le notaba complacido por tan buena acogida, que no esperaba volver a obtener.

—Señorita —balbuceó entre vagos deseos de huir o llorar—, yo no me he permitido... tales comentarios, créame lo usted.

—Pues ha hecho usted mal. Hay que permitirselo todo con Monina, como dice Pedrito.

Y en seguida preguntó, súbitamente preocupada:

—¿Se ha trabajado en la función esta mañana?

—¿Trabajado? —dice Pedrito convencido—. ¿Trabajar sin ti? Eso sí que no. Ya nos afanamos bastante cuando estás tú, para que también en tu ausencia... ¡Ah, no; bueno fuera... Tenemos función hasta en la cena. Sobre todo yo, que tengo que trabajar también por otro lado.

Monina se echó a reír.

—¿No temes fatigarte trabajando tanto.

—Al paso que va —dice el señor Jonzac— no aprobará el bachillerato... ¿No es verdad, señor Giraud?

—Me lo temo, señor; me lo temo —respondió afablemente el profesor—. Pedro es muy inteligente, pero ¡tan aturdido, tan distraído! Sobre todo desde que estamos aquí nosotros.

Pedrito protestó:

—No; no estoy yo más distraído que usted, señor Giraud. De veras... No sé en qué consiste, pero siempre anda su imaginación de viaje. Ya no anda como antes hojeando libros viejos. Y lo mismo con los *math*. Diríase que ya no le van. No hace usted nada más que ocuparse de mí..., y versos por los rincones.

—¿Hace usted versos, señor Giraud? —preguntó la señora de Rueille, que entraba seguida de Juan y de Enrique.

—Yo, señora —balbuceó el pobre joven, que no sabía donde meterse ni qué decir— los hago... y no los hago...

—Sí que los hace y muy buenos... —dijo Juan.

Como el joven le mirara sorprendido, añade:

—Sí, usted hace unos versos muy bonitos, que luego se le pierden. Marcelino ha encontrado estos y me los ha dado.

Y ofrecía al señor Giraud, sonriendo, un papel plegado, cuya escritura no se veía.

—¿Se pueden ver? —dijo Monina, alargando la mano.

—¡Señorita! —exclamó el profesor, adelantándose azorado—; ¡señorita..., se lo suplico!...

Luego añadió, queriendo atenuar la violencia de su intervención:

—Son malísimos. Dispéñeme que se los niegue. Ya le enseñaré otros más dignos de ser conocidos.

Monina continuó con la mano tendida, como aguardando, ingenua. Y suplicó a su primo:

—Te lo ruego. Enséñamelos, de todos modos. Ello no impedirá al señor Giraud hacer otros, que también veremos.

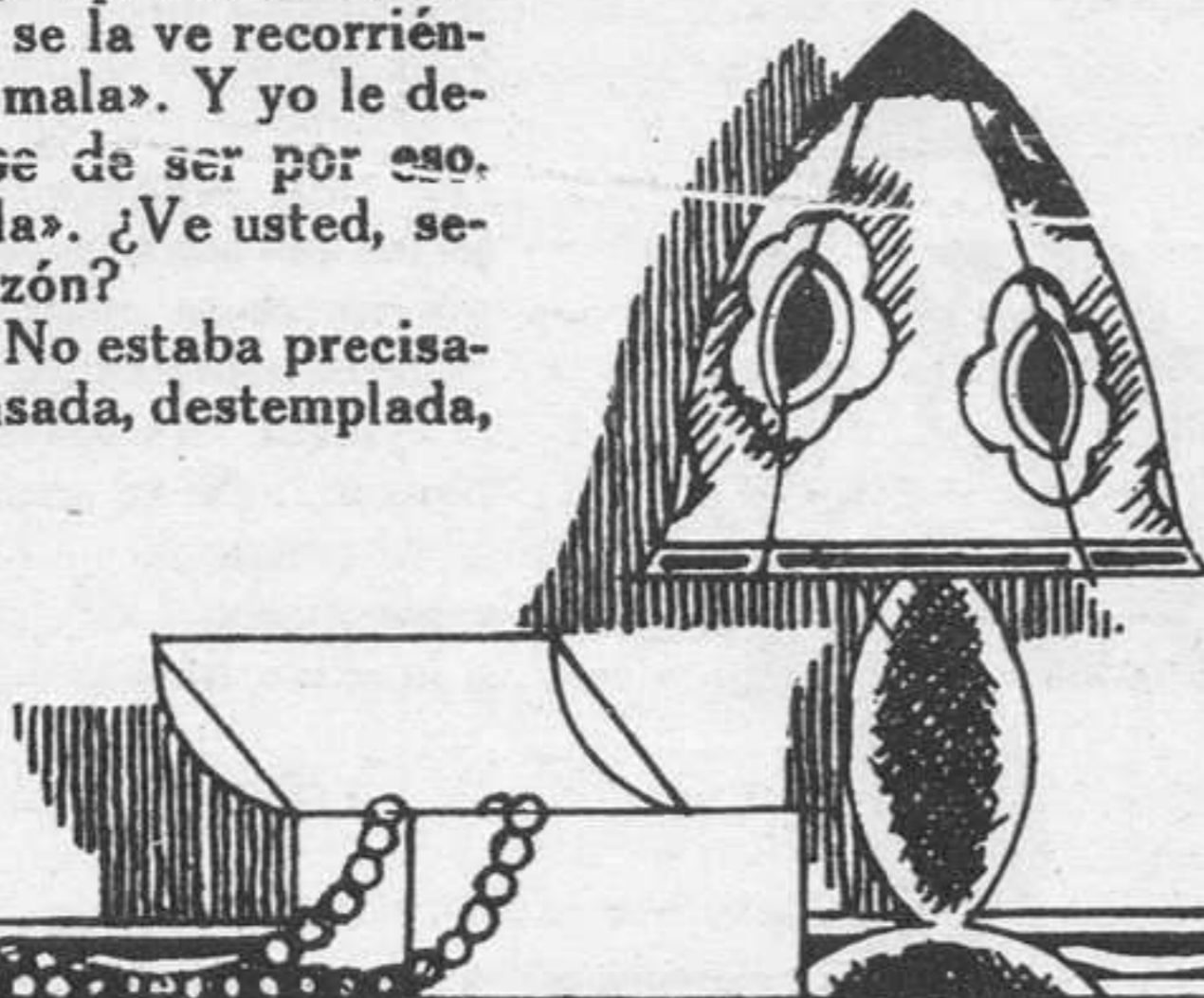
Pero Juan respondió, entregando el papel al aturdido paseante:

—Yo no puedo enseñarte una carta —pues son una especie de carta— que pertenece a su autor.

—Muchas gracias —balbuceó Giraud confuso—; muchas gracias, señor.

E hizo desaparecer en su bolsillo el inquietante papel.

—¡Pedrito! —llamó la marquesa—, dame La Bruyère. ¿Sabes dónde está?



—¿Quién? —preguntó el pícaro, guiñando un ojo.
—¿La Bruyère?
—Verá usted —dijo el señor Jonzac, mirando a su hijo con gesto de contrariedad—; verá usted cómo no sabe quién es La Bruyère.

Pedrito protestó enérgicamente:

—Sí que sé quién es, y lo demostraré. Es un lomo azul.

La vieja marquesa pregunta:

—¿Un qué?...

—Un lomo azul, tía.

El señor Giraud intervino:

—Explique a su señora tía que tiene usted la fastidiosa costumbre de designar los libros por el color de su encuadernación, más bien que por el título.

—¡No me extraña! —dijo el señor de Jonzac indignado—, ¡no los abre nunca! ¡Es tan ignorante!... ¡Cuando pienso que va a cumplir diez y siete años!...

—¡Pobre Pedrito! —dijo Monina, compasiva—. No es tan ignorante como todo eso.

Y como su tío no respondiera, añadió:

—Y además, ¡es tan gracioso!... ¡Y está tan sanote!...

El señor de Jonzac replicó:

—Eso sí, revienta de salud; lo que le hace aún más insoporable, pero no más inteligente. Se habla de agotamiento intelectual y de que se embrutece a las criaturas..., y para remediarlo se receta el agotamiento físico, que las embrutece todavía más.

—Ya está mi padre en campaña —dijo Bertrada—. Por lo demás, yo soy de su opinión, y no me complace pensar que llegue un momento en que con mis hijos se aumente el número de jóvenes brutos que nos rodea.

—Pero —dijo Enrique de Bracieux— entre esos jóvenes, y entre los muy jóvenes, hay muchos intelectuales que yo conozco.

Juan de Blaye respondió:

—Yo también los conozco. Pero, a mi modo de ver, no son intelectuales, son...

La campana sonó con fuerza y la marquesa se levantó, diciendo:

—Vamos a almorzar, hijos míos; Juan terminará en la mesa su definición.

—No tengo interés, tía.

—Yo sí. No estoy entrenada, como decís vosotros, y no me disgusta enterarme de ciertas cosas que ignoro completamente.

—Y sentándose a la mesa, continuó:

—¿De modo que los que no son intelectuales son...?

—¡Vaya! —dice Juan—, las explicaciones no son mi especialidad...

—No importa. Sigue.

—Los que no son intelectuales de veras, son enfermizos. Al principio enfermizos simulados, que concluyen por serlo de verdad. Insoportablemente pretenciosos, afeminados, desarreglados y todo lo que se puede ser. Su originalidad es rebuscada e impersonal.

—En fin: ¿cómo llamas tú a todos esos?

—No lo sé muy bien. Complicados. A propósito: el pequeño La Balue es un tipo muy puro de complicado. Podéis estudiarle.

—Es una idea que no se me había ocurrido nunca. Pero ¿hay en la nueva generación algo más que complicados?

—Sí; los atletas.

—Por ejemplo, Pedrito —dijo Enrique de Bracieux.

La marquesa continuó, dirigiéndose a su nieto:

—Nada de alusiones. Continúa, Juan...

—Tía, prefiero comerme tranquilamente mi huevo.

—Estábamos en los jóvenes atletas.

—Pues bien: si los complicados son repugnantes, los atletas son escandalosamente insoporables. El boxeo, el balompié, la bicicleta, los *matches* y los *records* toman en sus conversaciones y, lo que es peor, en su vida una importancia colosal y única. Para ellos un hombre de mérito es quien da el puñetazo más fuerte, quien rinde mayor cantidad de resistencia y vigor. Guardan su admiración para un ser único en el mundo: «el Campeón...»; con una C muy grande.

—¿Y entre los atletas y los complicados?

—Nada. O muy raras excepciones, que sirven tan sólo para confirmar la regla. Por supuesto, aquí se trata únicamente de la nueva generación, de la última, de la de Pedrito.

—Deja tranquilo al pobre Pedrito —dijo Monina—; todos la tomáis con él.

—Porque aún es tiempo de corregir su incipiente individualidad, que, si se le deja, caerá pronto en el más deplorable desequilibrio.

El señor de Jonzac afirmó:

—Juan tiene razón. Puede permitirse dar

consejos a Pedrito y a los demás, pues es a la vez un intelectual y un deportivo.

La señora de Bracieux contempló a su sobrino con afecto, y añadió:

—Tu tío tiene razón, muchacho; eres lo mejor de la familia.

Y viendo que Monina examinaba curiosamente a su primo, continuó:

—Aludo a los hombres nada más, claro es.

Pedrito se inclinó hacia Dionisia, sentada a su lado, y la dijo bajito, con reconocimiento apasionado:

—Tú eres buena y me defiendes siempre. Yo también te quiero más que a todos ellos.

Ella le respondió risueña, casi maternal:

—Eso está muy mal. Debes querer al tío y a la abuela mucho más que a mí.

—Habría que probarlo. Pero no es eso lo que he querido decir. Quiero decir que te quiero yo más que todos juntos. ¡Y vaya si hay algunos que te quieren bien! Uno de ellos, Pablo..., Pablo de Rueille; de hijo que te quiere más que a Bertrada, más que a sus chicuelos, más que a todo.

—¡Pero cállate!... —le dice Monina azorada, observando si alguien pudiera haberle oído.

—No te inquietes, están entretenidos; no hacen caso de nosotros. Ya sabes que es verdad lo que te digo. Y Juan y Enrique. Y el señor Giraud. Sólo el abate Courteil no te sigue los pasos..., y aún...

—¡Tú divagas! ¿Cómo puedes figurarte...?

—No me figuro nada. Lo veo. Y lo veo porque me fastidia.

La voz del señor de Jonzac se dejó oír:

—No, señor. Estoy convencido de que no tiene la menor idea de que Renan existe. No sabe nada, nada.

Siempre apacible y conciliador, el profesor respondía:

—Sí, conoce a Renan. Precisamente hace tres o cuatro días he tenido ocasión de citárselo como autor de *El origen del lenguaje*.

—Pues apostaría que ni siquiera se acuerda de su nombre.

Y el señor de Jonzac llamó:

—¡Pedrito!

El muchacho, distraído en su conversación con Monina, no advertía que se hablaba de él. Al oír que le llamaban, volvió la cabeza, vagamente inquieto.

—Pedrito —preguntó el señor de Jonzac—, ¿quién es Renan?

—¡Bueno está! —dijo Pedrito a Monina—. Ya empiezan otra vez los interrogatorios. ¡Renan!, ¡quién será ése!

Y como su padre repitiera: «¿No sabes quién es Renan?» —respondió:

—No, papá; no lo sé.

—¿Cómo? —preguntó el señor Giraud, sorprendido—, ¡pero si estos días hemos hablado de él!

—¿De él? —dijo Pedro aturdido—: ¿Yo he hablado de ese señor?

—Sí, hombre; sí. Haga memoria. Le he citado a usted una de sus obras.

Monina, que hacía un rato escuchaba sólo con un oído lo que contaba Pedro, y con el otro seguía la conversación, se acordó y, de narices sobre su plato, aparentemente distraída en azucarar las fresas, le apuntó por lo bajo:

—«*El origen del lenguaje*»...

—Vaya, busque usted bien —repetía el profesor—; le he citado un libro de Renan... ¿Cuál?...

Pedrote respondió decidido:

—«*El lenguaje de las flores*».

—¡Muy bien!... —dijo Bertrada con entusiasmo—; con Pedrito hay siempre la seguridad de que nos hará reír.

El señor de Jonzac, aunque pensaba de igual modo, dijo, algo amoscado:

—Pues yo no lo encuentro ni pizca de chistoso.

Muy encarnado, Pedrito, se volvió a Monina:

—Tú, al menos, no te ríes. Tú eres buena.

Al levantarse de la mesa se reunió con ella en la escalinata y la dijo suplicante:

—Déjame ir contigo a dar el pienso a Patatrás.

—Antes tengo que servir el café.

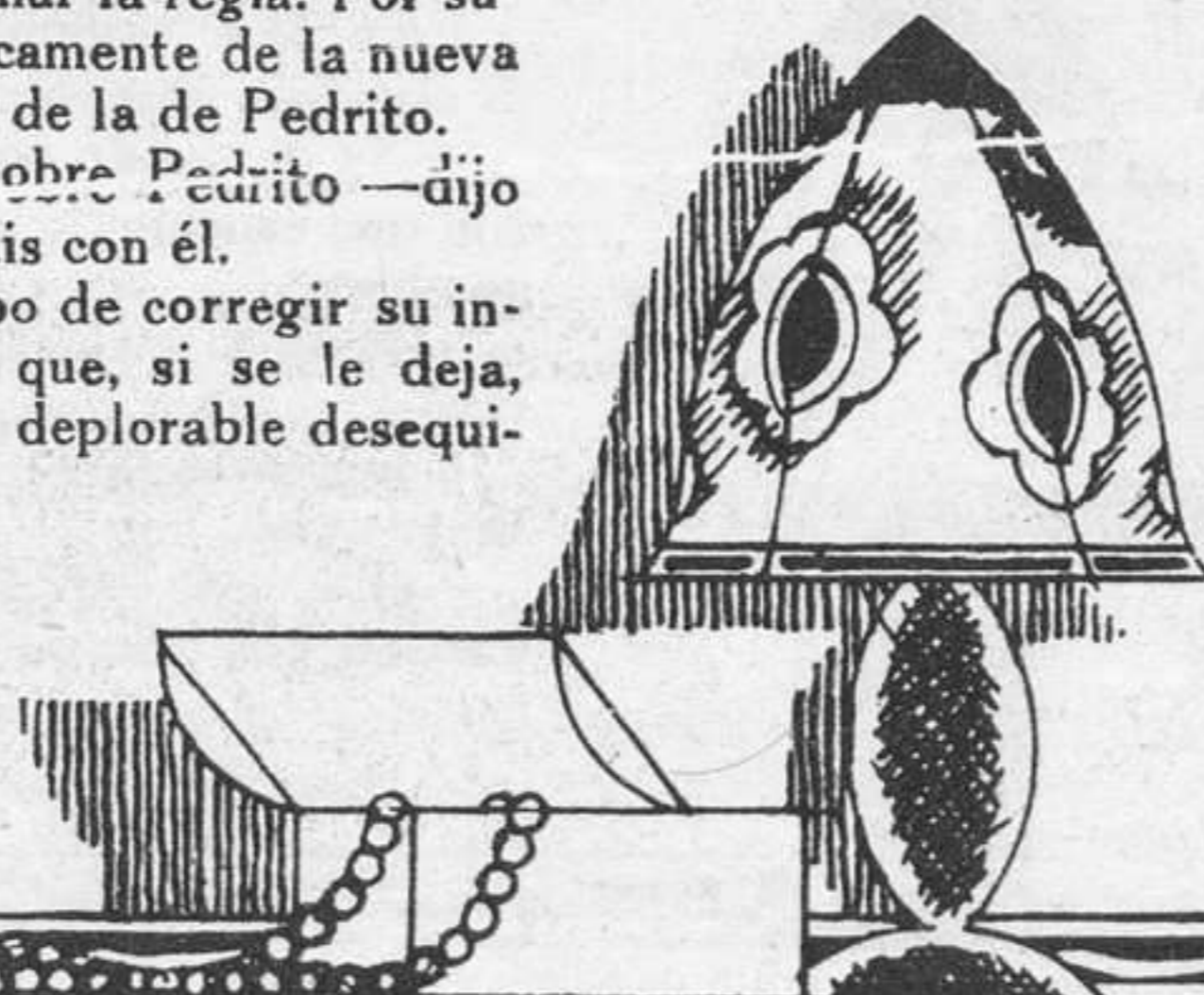
—Por una vez, que lo sirva Bertrada. Yo no quiero volver al salón; me preguntarían otra vez el nombre de cualquier cosa.

Dionisia recogió en la cochera la cesta en que está preparado el manajo de trébol que todos los días llevaba a su caballo, y se dirigió hacia la cuadra seguida de Pedro, que repetía, suavizando su vozarrón:

—¡Qué simpática eres, Monina!... ¡Y qué bonita!... ¡Si tú supieras!...

Al cruzar la calle de árboles que conducía a las cuerdas, divisaron al señor de Rueille y a Juan de Blaye, que avanzaban hablando.

(Continuará en el número próximo.)





YON

Pección compuesta y redactada en París bajo la
 dirección de Madame Martine Renier
 redactora Jefe de la Moda
 en FEMINA de
 París

Crónica

EL ARTE DEL BIEN VESTIR



HOY no quisiera hablaros de la moda precisamente, sino de la elección que os conviene hacer entre las sensacionales novedades de esta temporada.

En muchas ocasiones, me ha chocado el desconocimiento absoluto que las mujeres tienen de sí mismas, y los errores que esto les hace cometer.

Saber encargarse los vestidos que la favorezcan a una, disimulen sus defectos y realcen sus cualidades, he ahí, verdaderamente, la última palabra del arte del bien vestir. Es un don precioso, aún más útil que el de descubrir la última creación de la moda.

Si sois altas y esbeltas, la tarea resultará, desde luego, bastante sencilla, ya que todos los modelos parecen creados para siluetas como la vuestra. Podrís elegir indistintamente vestidos con canelones o con tablas, de hechura «princesa» o con «recogidos por detrás», tales como aparecen desde hace unos días. Estos últimos modelos os sentarán muy bien, y creo que los que llevan canelones por detrás, solamente deben recomendarse a las mujeres de busto corto. Otro tanto puede decirse de los vestidos que se abrochan al biés y de los que llevan un volante «en forma» que sube mucho por un lado. Esta línea, que corta la silueta, da elegancia a las mujeres excesivamente delgadas y les proporciona cierto empaque, a veces conveniente.

También os sentarán perfectamente el cuello alto y la *écharpe*, y si en vuestro escote aparecen algunas *salieres*, usaréis el famoso canesú de tul color carne que se lleva mucho en la actualidad. Este canesú plano, de tul rosa, completará vuestro vestido escotado, terminando en el nacimiento del cuello y velando... lo que deseáis velar. No olvidéis

LUCIEN LELONG

Conjunto de mucho vestir: el traje es de «panne» blanca; unas hileras de respuntes de oro bordean el alto zócalo de nutria; las amplias solapas descienden hasta la hebilla de la cintura. La línea general tiene una gran flexibilidad.

LUCIEN LELONG

Sobre este lindo vestido se lleva un abrigo de «taffetas» negro adornado con un bordado de cordoncillo y con un alto zócalo de nutria; también son de nutria los puños y el cuello. Este abrigo tiene algo de vuelo por detrás.





DRECOLL

Vestido de color «beige»; está hecho en «crepe satin», utilizado en parte del revés y en parte del derecho. Cuello y puños blancos. En la pecherita blanca, unos botones verdes ponen una imprevista nota de color.

PREMET

Este vestido de crespón «mah jong» verde oscuro, con incrustaciones de seda brochada del mismo tono, es uno de los grandes éxitos de «Premet». La falda es muy amplia; un ligero bordado ribetea las mangas.

tampoco que las listas atravesadas y los grandes dibujos ensanchan la silueta. Un *sweater*, con listas atravesadas, hará que vuestro busto aparezca más desarrollado que con un *sweater* liso o con un *jersey* listado verticalmente. Los adornos de piel o de entredoses de plieguecitos, colocados alrededor de la falda, acentúan el efecto de *evasé*.

El arte de vestir bien se hace más sutil si sois algo gruesas. Antes de nada, acordaos de un gran principio que parece absolutamente opuesto a la moda actual: las hechuras «vagas» afinan mucho más que las ceñidas. Me diréis que ésta es una afirmación desagradable, en estos momentos en que impera el talle «señalado». Lo reconozco, pero existen mil composturas con la moda y creo que podréis muy bien seguirla sin adoptar los trajes que ciñen el talle. Además, de que esta hechura está aún en sus albores.



REDFERN

El primero de estos dos modelos es un precioso vestido, a la vez sencillo y original, creado por «Redfern»; es de terciopelo azul turquesa, oscuro; el cuello y los bolsillos son de malla de plata, con una borlita de plata; la corbata es de terciopelo negro.

DRECOLL

El segundo modelo es de terciopelo rojo cereza; unos «panneaux», muy estrechos en su parte superior, dan vuelo a la falda. El cuello y los puños son de encaje de Venecia bordado en oro; de cuero de oro es el cinturón.



REDFERN

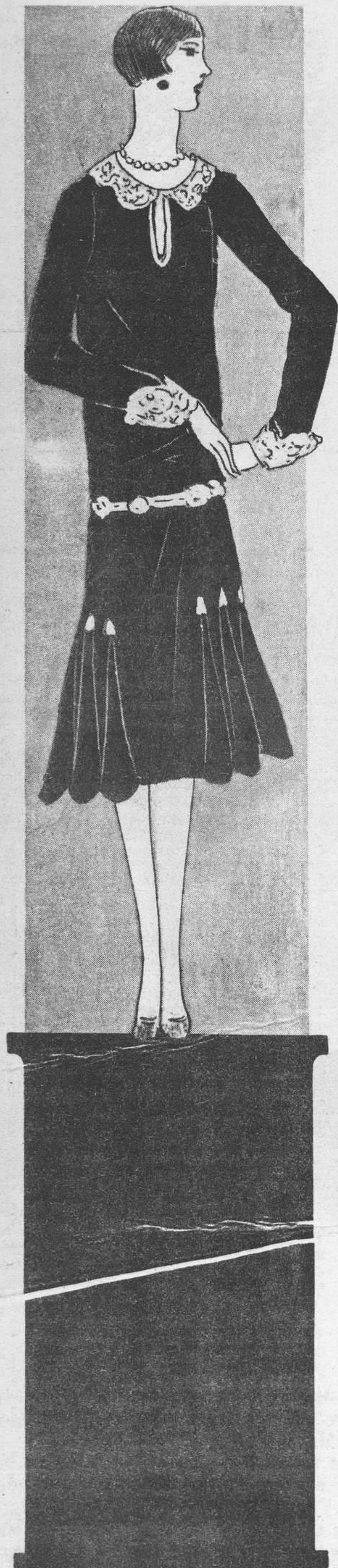
«Redfern» ha obtenido un gran éxito con este lindo y sencillo modelo, de alpaca de seda «palo de rosa»; el cuello, los puños y la cintura llevan finos bordados de oro. Los plisados constituyen un adorno discreto.

Evitaréis la *écharpe* y el cuello alto que ahogan y ensanchan la parte inferior del rostro. Para que resulte airosa la línea de los hombros, aligeradla de *falbalas*. En cambio, a partir de los hombros, un *panneau* que corte la línea puede ser un acierto.

Evitad siempre los adornos horizontales, los dibujos anchos y redondos, las grandes flores modernas y los contrastes de color demasiado bruscos. Las mismas listas no deben ser anchas; recuerdo haber visto una

mujercita diminuta y regordeta, envuelta en una capa *pekinée*, en negro y oro, y que estaba, la pobre, completamente ridícula.

Los canelones son peligrosos; no es, ni mucho menos, que deban evitarse en absoluto, pero es preciso que sean largos y poco acentuados. Últimamente, he visto, en el Ritz, a una señora que parecía muy ufana, con su traje nuevo; este traje tenía, por detrás, unos canelones que empezaban a bastante altura, y tenían un



REDFERN

A pesar de que en este momento están muy en boga los colores, en todas las colecciones se encuentran vestidos negros de una gran elegancia. Este modelo es de «panne», con puños y cuello de encaje de Alençon. El cinturón lleva gruesos «cabochons» dorados.

vuelo, aproximadamente doble del que les correspondía razonablemente; el conjunto presentaba un efecto de polisón 1889, completamente grotesco.

Al lado de esta señora, había otra que llevaba, en cambio, un vestido de terciopelo, ensanchado también por detrás merced a un *panneau* «en forma»; pero este *panneau* era bastante estrecho y, más que canelones, formaba una «ondulación»; un estrecho zócalo de piel subrayaba el bajo del vestido, pero llegaba hasta las costuras del *panneau*, exclusivamente. Nada más acertado que esta hechura, de una línea perfecta.

Ya que hablamos de los zócalos de piel, os recomiendo que no los lleveis demasiado altos: basta con una tira estrecha, y su efecto será doblemente feliz si solamente se coloca a trechos; este es el sistema de los *panneaux*, gran recurso para las mujeres algo gruesas.

Las dos hechuras más propias para afinar y alargar la silueta son: el delantalito estrecho, plisado, y la túnica recta, abierta por delante, de arriba abajo, sobre un *foureaux* de otro color o de otro tejido. Por regla general, me parece que lo más indicado es no exagerar el vuelo, o disimularlo con tablas.

Me agrada, en los trajes «de vestir», la combinación del encaje con la muselina; las incrustaciones de encaje no deben hacerse atravesadas, sino verticalmente y en tiras estrechas; también puede producir un bonito efecto una *écharpe* de encaje, con una sola caída a un lado. Para los vestidos *perlés*, evitad las hechuras demasiado ceñidas y los gruesos medallones de color; para los de *lamé*, sienta mucho mejor la plata que el oro.

Naturalmente, deben usarse los tonos neutros; de todos los colores claros, el blanco es quizá el que ensancha menos; prefiero, sin embargo, el *beige*, «palo de rosa», *violine* o vino de Burdeos; la combinación del negro y blanco es perfecta; se ve en todas las colecciones y parece que sigue agradando mucho a las parisinas.

En el atavío de una mujer algo gruesa, nada debe llamar la atención, ni debe existir contraste alguno: las medias serán lisas, aun para los deportes, sin ninguna de esas fantasías de listas o de cuadros que se ven de algún tiempo a esta parte; los zapatos serán sencillos, sin vanas complicaciones de trabillas, ni de cueros de varios colores.

En cuanto a los abrigos —el gran escollo—, creo que, a pesar de las afirmaciones interesadas de las vendedoras, las prendas



MARTIAL ET ARMAND

«*Martial et Armand*» ha sido el primero en lanzar la nueva línea con el vuelo por detrás, según aparece en este modelo de abrigo de raso verde, bordado con unas cintitas del mismo tono, que forman el ancho zócalo y los altos puños.

forradas de piel ensanchan siempre. Cabe la pequeña trampa de sustituir la piel con una guata *pekinée*, que se ribetea con un borde de piel aparente en la abertura. También me parece ingenioso el sistema del *fourreau* de piel, sobre el cual se pone el abrigo, a voluntad. Quizás se pueda también sustituir por el paletó recto de punto de lana, que abriga sin restarle a la línea nada de su esbeltez.

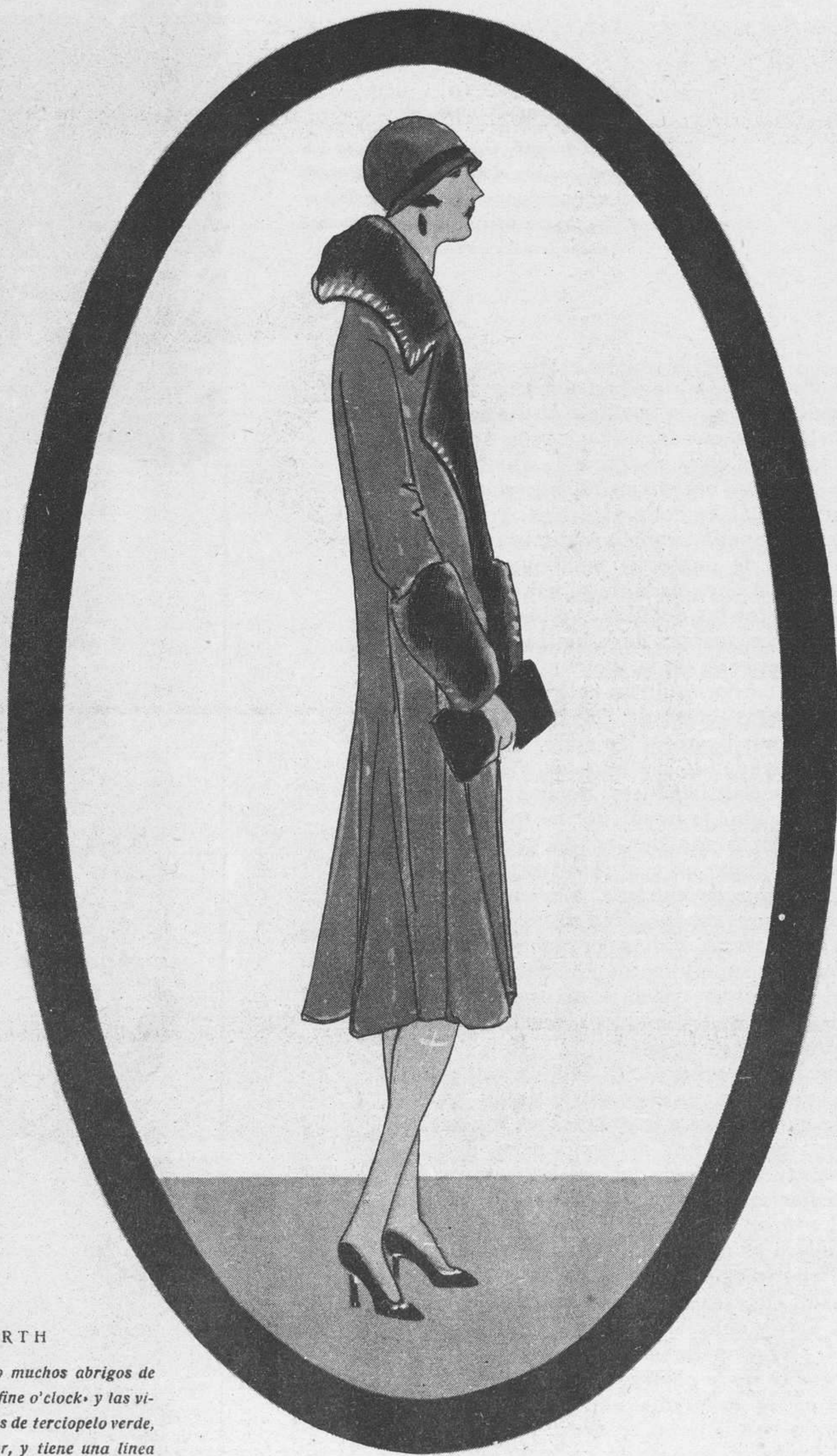
¡Son tantos los detalles que importa considerar! La colocación de la cintura es trascendental. Depende de la longitud de las piernas y del contorno de las caderas. En cuanto a las mangas, confieso que los «faroles» de estos últimos tiempos, los puños «pagoda», y demás novedades, me parecen muy propios para ensanchar la silueta. Solamente la manga ceñida afina la línea. Por la noche, cuando los brazos son demasiado gruesos, conviene ocultarlos, lo cual resultará algo difícil en la temporada entrante. Sin embargo, hallaréis mangas de muselina de seda, muy anchas hacia abajo, y mangas planas, bordadas en su parte superior y terminadas con un volante «en forma». Uno de estos volantes resultará a la vez encantador y sencillo, colocado alrededor de la sisa.

Quisiera abordar ahora una cuestión algo delicada: la de... la segunda juventud. Es evidente que, gracias a la práctica de los deportes y a un régimen severo, muchas mujeres conservan una silueta tal que les permite llevar trajecitos sumamente juveniles. Pero, ¡ay!, ¿y el rostro? Aun cuando sigue siendo bello, su belleza es distinta de la de antes, y es preciso tenerlo en cuenta. Recuerdo haber visto, en una gran casa de modas, una muchacha de unos diez y ocho años que parecía muy perpleja. «¡Qué mala suerte! —decía—. El único vestido de la colección que me gusta, ya lo ha escogido mi abuelita.» Y el vestido en cuestión consistía en un *sweater* sin mangas, azul fuerte, acompañado de una falda «en forma», de crespón de China blanco.

Este invierno, «la abuelita» podrá escoger modelos diferentes: tendrá vestidos de encaje negro, ligeramente bordados en colores; otros, de muselina de seda plisada, o de terciopelo brochado sobre *crepe Georgette*. ¿Hay nada más encantador que una dama de pelo blanco vestida con estos tejidos suntuosos brochados de piel? Para el día, lo más discreto y favorecedor es la pana, en tonos *violine* o castaño.

Para alargar las faldas cortas, sé de una elegantísima mujer que emplea el procedimien-





WORTH

Se verán este año muchos abrigos de terciopelo para el «fine o'clock» y las visitas. Este modelo es de terciopelo verde, adornado con castor, y tiene una línea de una gracia realmente perfecta.

to siguiente: sobre sus vestidos rectos, de muselina de seda, añade una cintura del mismo tejido, a la cual van cosidos cuatro *panneaux* cortados «en forma» o simplemente fruncidos, que caen más que el vestido, casi hasta los tobillos. Esta es una acertada adaptación de la moda.

He aquí otro hallazgo interesante para las siluetas a las que los años han restado esbeltez: el abrigo de muselina de seda igual al vestido. Los he visto muy boni-

tos, hechos con plieguecitos, o listados con calados; algunos, sin mangas, se anudaban por delante con una lazada de la misma muselina.

En una boda reciente, de extraordinaria elegancia, la abuela de la novia llevaba un vestido de encaje negro, bordado con acero y perlas verdes, y velado por una capa de tul, ribeteada de chinchilla. Los brazos pasaban por dos largas aberturas, igualmente bordeadas de chinchilla.



CHARLOTTE

Se han hecho, con seda labrada, algunos modelos notabilísimos; éste es de seda verde oscuro, a cuadros; la falda va tableada. Un galón de plata pone una nota brillante en el cuello vuelto, en los puños y en el bajo del vestido.

BEER

Este abrigo de terciopelo negro, que cruza a un lado, está adornado con piel de «ragon din», muy clara; un grupo de canelones ensancha la parte inferior; los puños son muy altos; una «echarpe», terminada con piel, completa el cuello.

¿Y los sombreros? Hay que reconocer que actualmente es difícil encontrar alguno, cuando se quiere evitar la pequeña *cloche* o el sombrerito vuelto. La *toque* levantada por delante, es un precioso recurso, y bordeada con piel puede ser encantadora, sin resultar excesivamente juvenil.

Puede que esta crónica sea ya demasiado extensa y que me encontréis terriblemente aburrida. Puede tam-

bién que tengáis la impresión de que cuanto os he dicho lo sabíais ya... Entonces, colocaos sin testigos ante vuestro espejo, y estudiad detenidamente vuestra silueta; luego, en el momento en que vayáis a elegir un vestido, recordad aquella contemplación, y si el vestido os sienta bien, parecerá siempre el *dernier cri*.

MARTINE RÉNIER.



La sencillez de este vestido de «crepe satin», color «beige», no excluye la refinada sabiduría de su corte. La «draperie» en forma, está colocada con una gracia insuperable.



Este es el abrigo «Boyard», tal como lo entiende este invierno «Paul Poiret», que siempre tuvo, para este género de prendas, una maestría incomparable. Este modelo es de sarga azul. La capa, muy larga por detrás, forma numerosos canelones.



Hermoso abrigo de tarde, de terciopelo vino de Burdeos, forrado de duvetina, en un matiz más claro. El zócalo del abrigo y de la echarpe es de «rata-chinchilla». Un ligero bordado adorna las mangas, muy ensanchadas en su parte inferior.



Este abrigo de otoño de duvetina color «sable», es una de las más acertadas creaciones de «Dæillet» por la maestría de su corte, de una línea muy nueva y propia para afinar la silueta. El cuello y los puños son de piel de nutria «mordoré».



LA SENCILLEZ EN LA MODA INFANTIL

Pocas cosas hay tan encantadoras y gratas a la vista, como unos niños sencillamente ataviados con sus trajecitos de casa. La variedad de estos trajes y delantales es infinita, y los colores vivos ponen en ellos una nota risueña. Véase el grupo que aparece en la parte superior de esta página: la primera niña lleva un delantal rosa y blanco con bolsillos «soutachés» en blanco y negro; el delantal del niño es azul claro, ribeteado con azul oscuro; al lado de este niño, aparece una elegante damita vestida en naranja y negro.



De estos dos modelos, el de la izquierda, es un traje de niña hecho con dos trozos de tela de distintos matices, lo cual resulta encantador; la parte superior, de pana verde clara, adornada con gruesos botones de marfil, va fruncida sobre un vivo que forma un descote redondo; esta es una hechura muy favorecedora, a la vez que fácil de realizar; la parte inferior, es de pana verde mirto y va festoneada arriba y abajo. El otro modelo, es un delantal de niño, en «toile» de hilo; este delantal es fácil de cortar, fácil de coser y fácil de poner, y esto es una serie de ventajas que las mamás suelen apreciar.



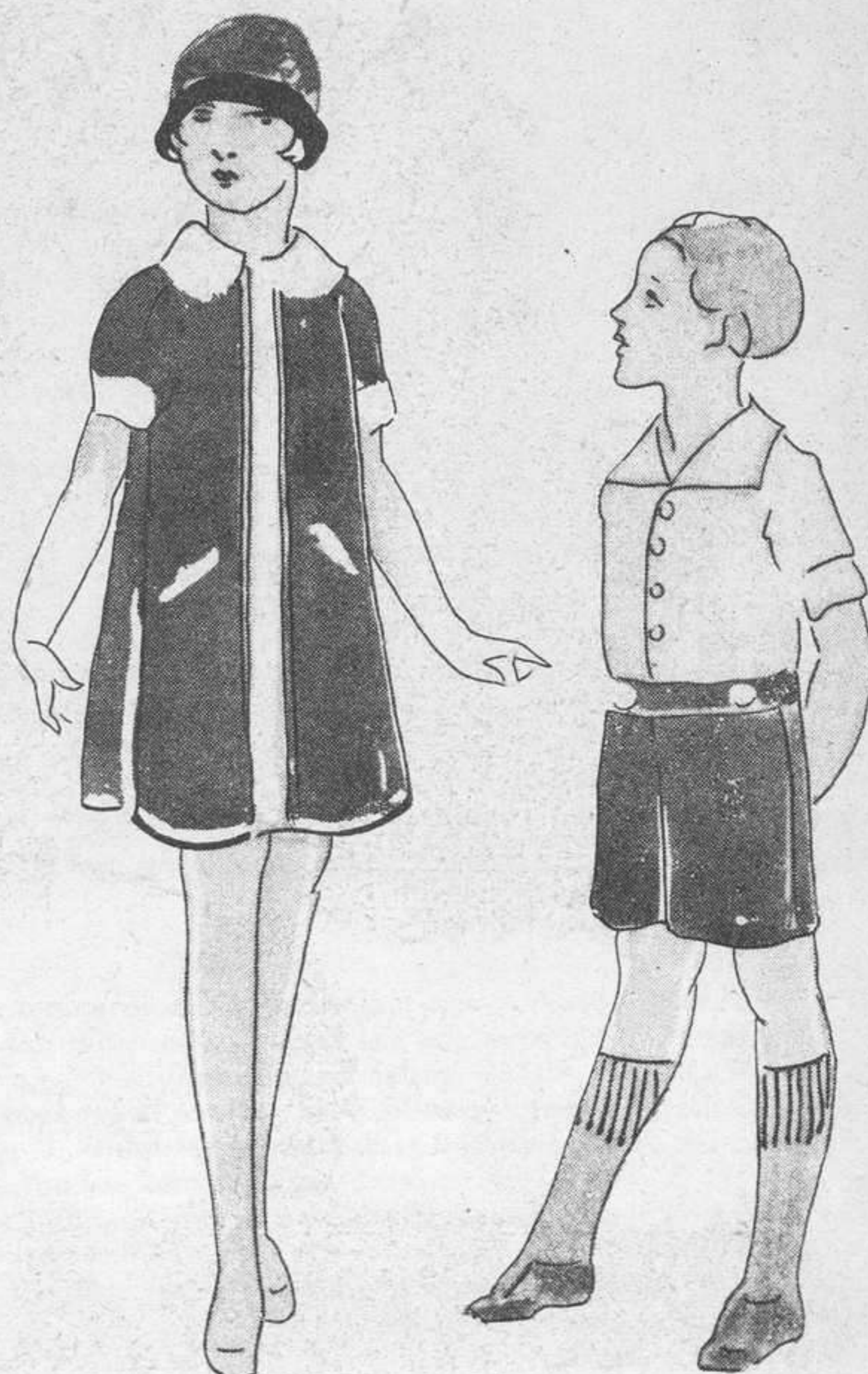
Para «vestir», las niñas, que sean rubias o morenas, están monisimas con traje de terciopelo negro; el adjunto trajecito, ribeteado a punto de festón, en blanco, se coloca sobre un viso de raso blanco. El cuellecito es recto, y la pechera cuadrada.

Trajecito para nena, de «crepe satin» blanco, listado con cintas de terciopelo rosa viejo, cosidas por un solo borde. En la parte inferior, estas cintas son más anchas que en la superior y van más unidas, para formar, así, una especie de zócalo.

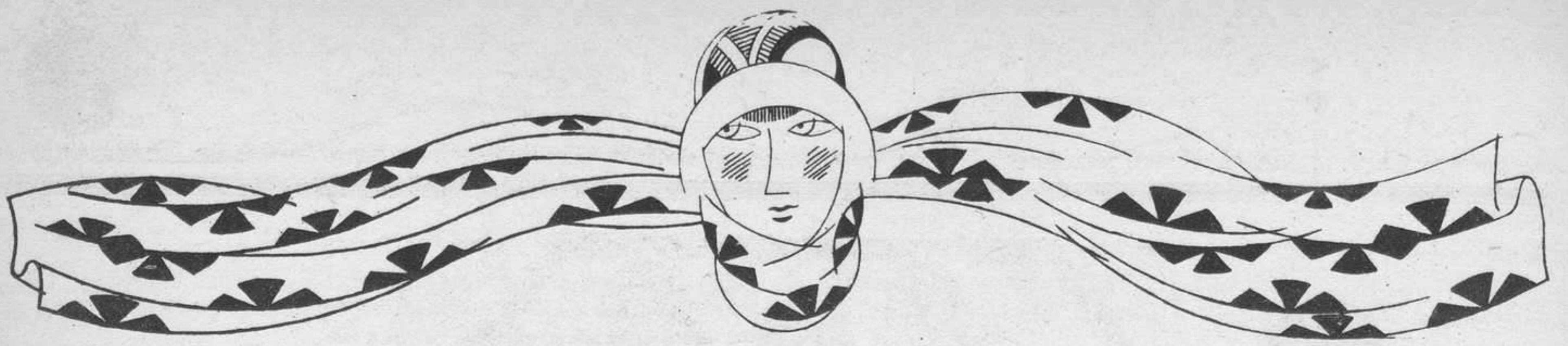


Un abrigo que está indicadísimo para ir a clase. Es de «kashavellaine» o de duvetina, con un cuello y puños de piel de conejo, o de terciopelo. Este abrigo se pone sobre un trajecito de franela, con cuello vuelto y cinturón de cuero.

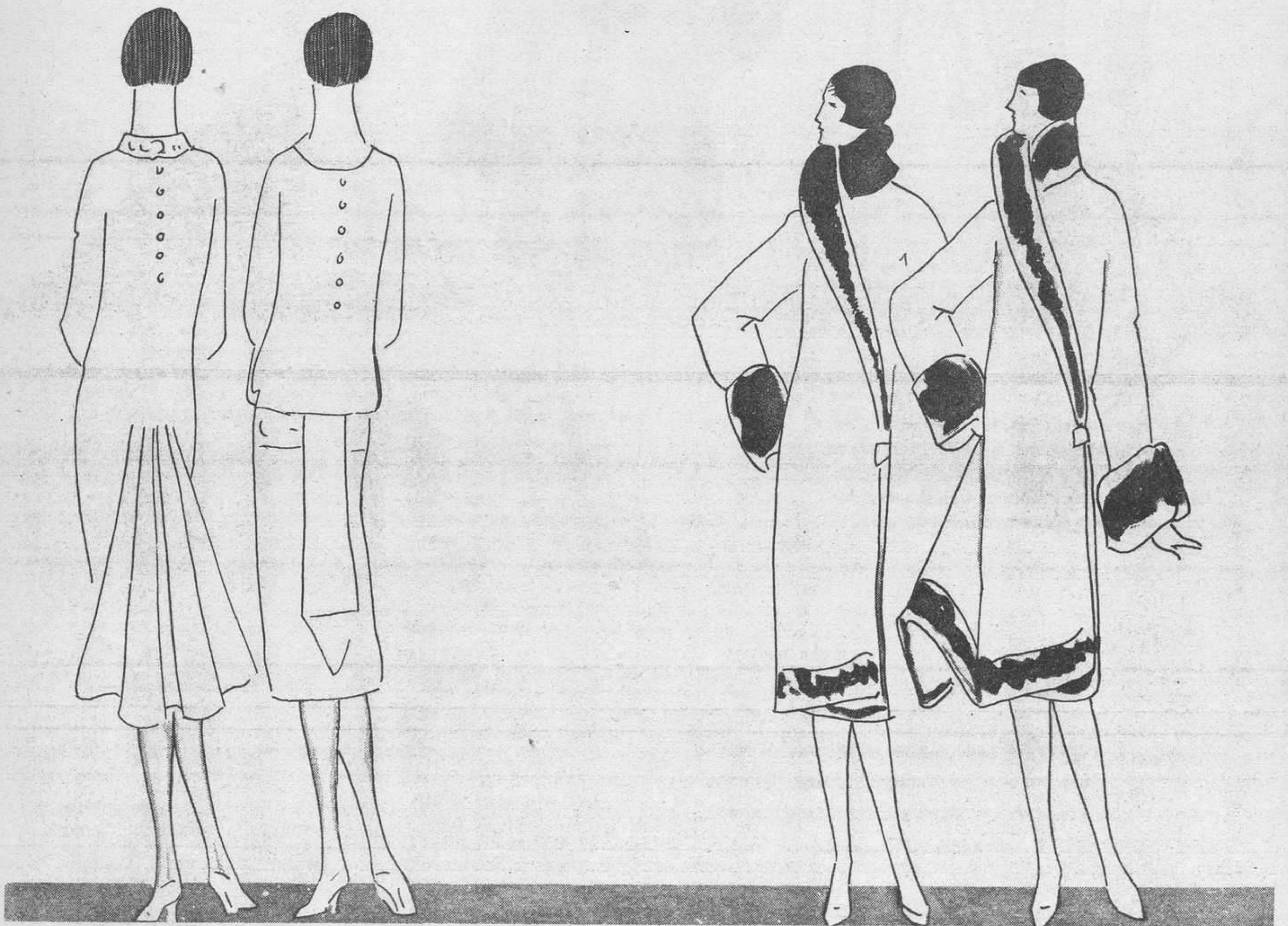
Vestidito de pana, cortado «en forma», ni más ni menos que el de la mamá. El cuello y los puños son de encaje; los bolsillos, colocados al bias, tienen mucha elegancia.



Para los niños, ya no se usa el pantalón ceñido, sino recto. Este modelo, de terciopelo castaño, va acompañado de una blusita abotonada, de franela «beige». Las medias de lana completan la «allure» deportista, que tanto agrada a estos caballeros.



COMO ADAPTAR ALA MODA ACTUAL LOS VESTIDOS DEL AÑO PASADO



¿Qué disgusto para una mujer cuando al examinar su vestuario comprueba que sus trajes ya no están dentro del tono de la última moda! La economía aconseja que se utilicen, a pesar de todo; pero ¿es que la economía suele estar de acuerdo con el deseo de presumir?

Hay mujeres dotadas de un ingenio especial: dan la impresión de que las viste siempre un gran modista, a pesar de que no disponen más que de un presupuesto muy modesto. Estas mujeres privilegiadas saben sacar partido de sus trajes usados y adaptarlos al gusto del día; vamos a intentar hacer otro tanto.

Este año, por ejemplo, se afirma el reinado del vuelo, y los trajes estrechos parecerán lamentablemente mezquinos. Si deseais adop-

tar la línea nueva, añadid a vuestra falda por detrás un *panneau* «en forma» del mismo tejido. Al abrigo, le añadiréis a un lado, al bies, desde la costura, un volante «en forma», que incluso podéis ribetear con piel.

Claro que esto no puede ser más que en el caso de tener tela igual a la de la prenda; de lo contrario, será preciso buscar otra combinación.

Ante todo, os aconsejo que no intentéis unir dos tejidos «parecidos»; es preferible un contraste franco, no de color, pero sí de calidad. Por ejemplo: para un paño o un crespón *marocain* elegid un raso brillante y poned a prueba vuestra paciencia con la minuciosa labor de las incrustaciones.



Se hacen en la tela algunos cortes para colocar canelones que serán de raso, así como el jareton del vestido. El resultado es elegantísimo.

El abrigo recto, bordeado con piel, que reproducimos en esta página, constituye, a mi entender, uno de los arreglos más acertados que se pueden realizar.

En las colecciones de este invierno se ven muchos zócalos de piel que no dan la vuelta completa al abrigo; por lo tanto, podréis añadir a los lados, anchos canelones que no lleven ribete de piel.

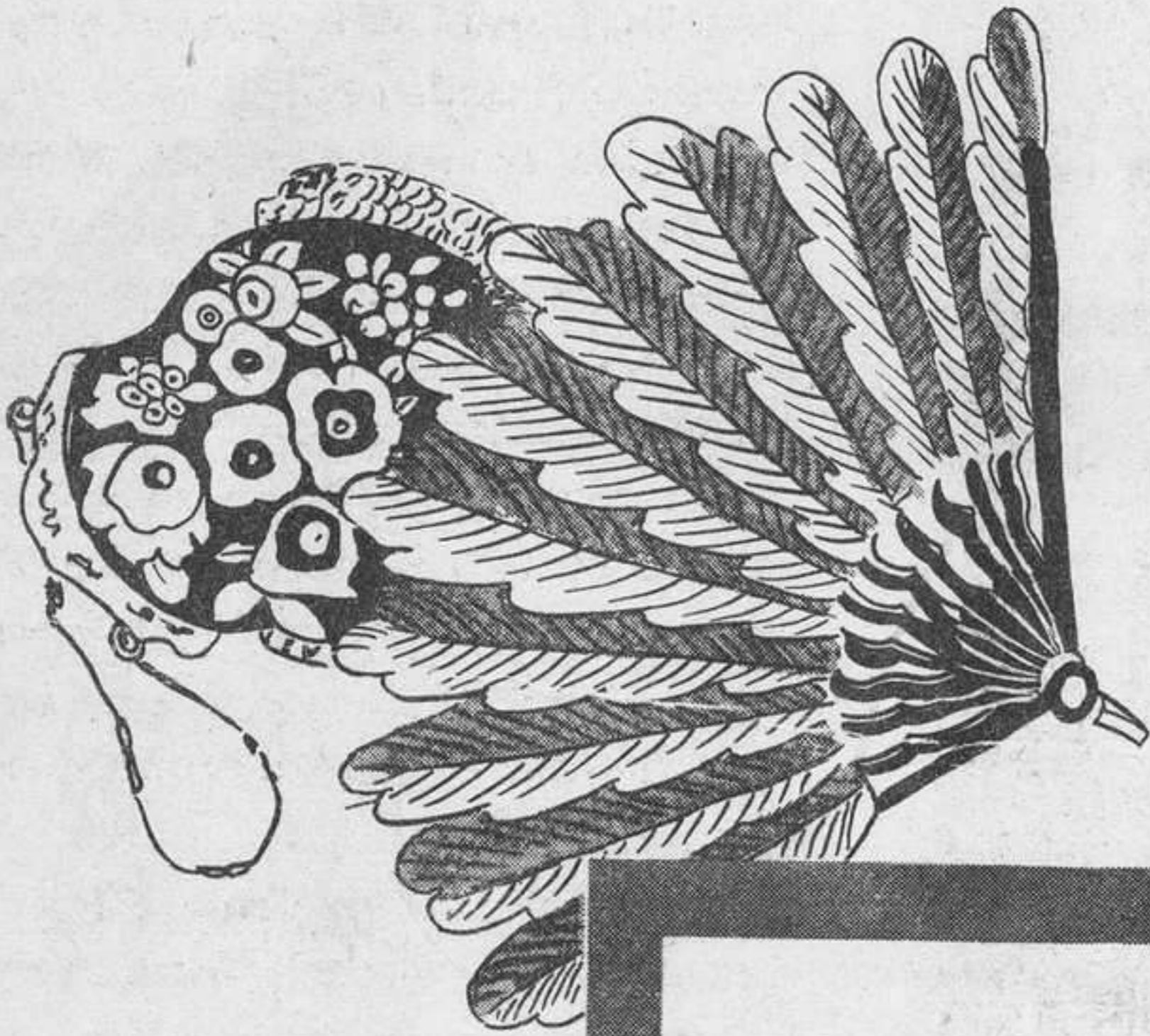
Nada más fácil que transformar los vestidos de encaje: se pueden hacer combinaciones de tul con encaje, o de muselina de seda con incrustaciones de encaje. Para las costuras, conviene recurrir a las vainicas a máquina, que son tan prácticas, presentan un aspecto impecable y han solucionado ya tantos conflictos de esta índole. A veces, basta unos minutos de reflexión para ir bien vestidas durante varios meses.



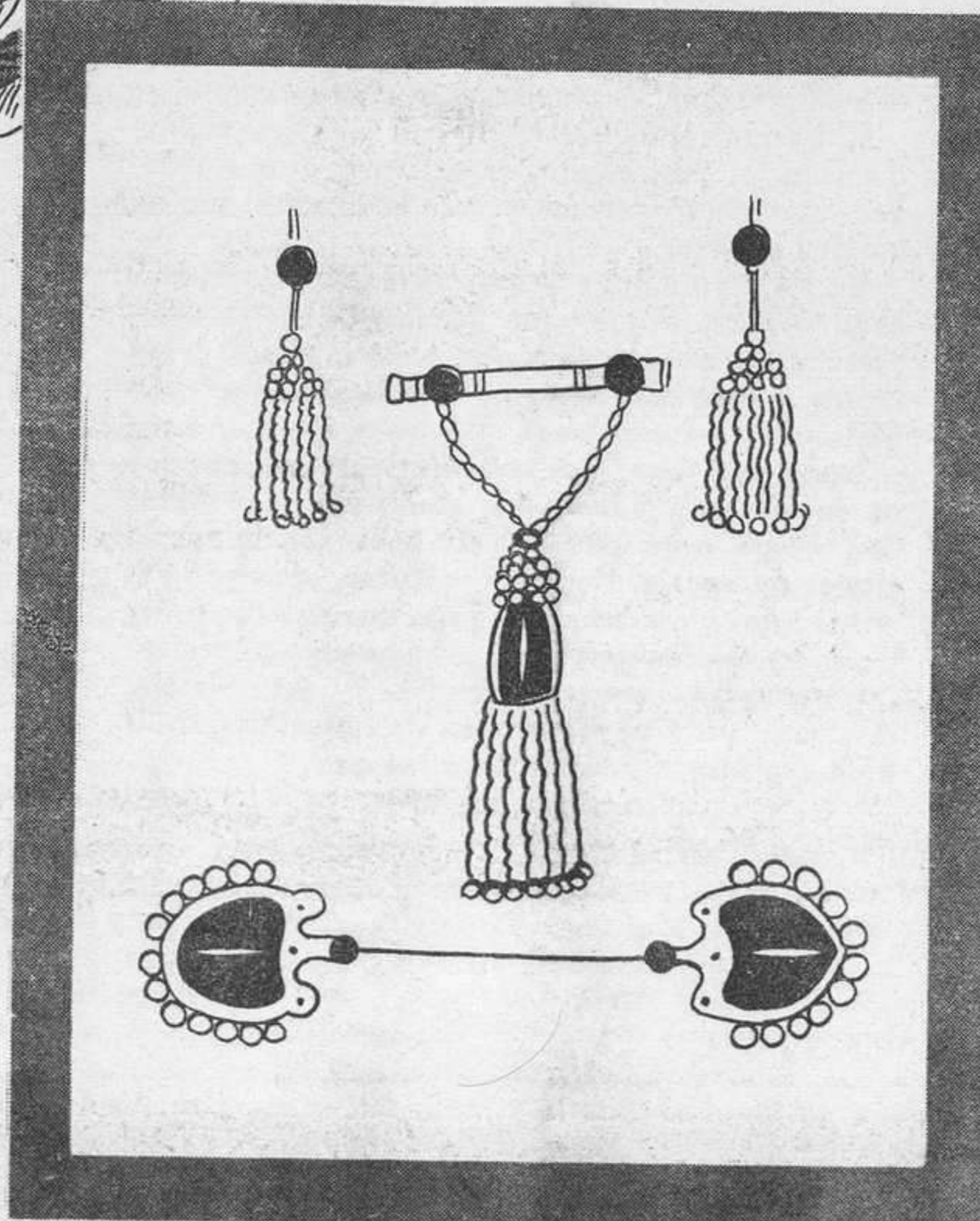
Bolsillos y Detalles



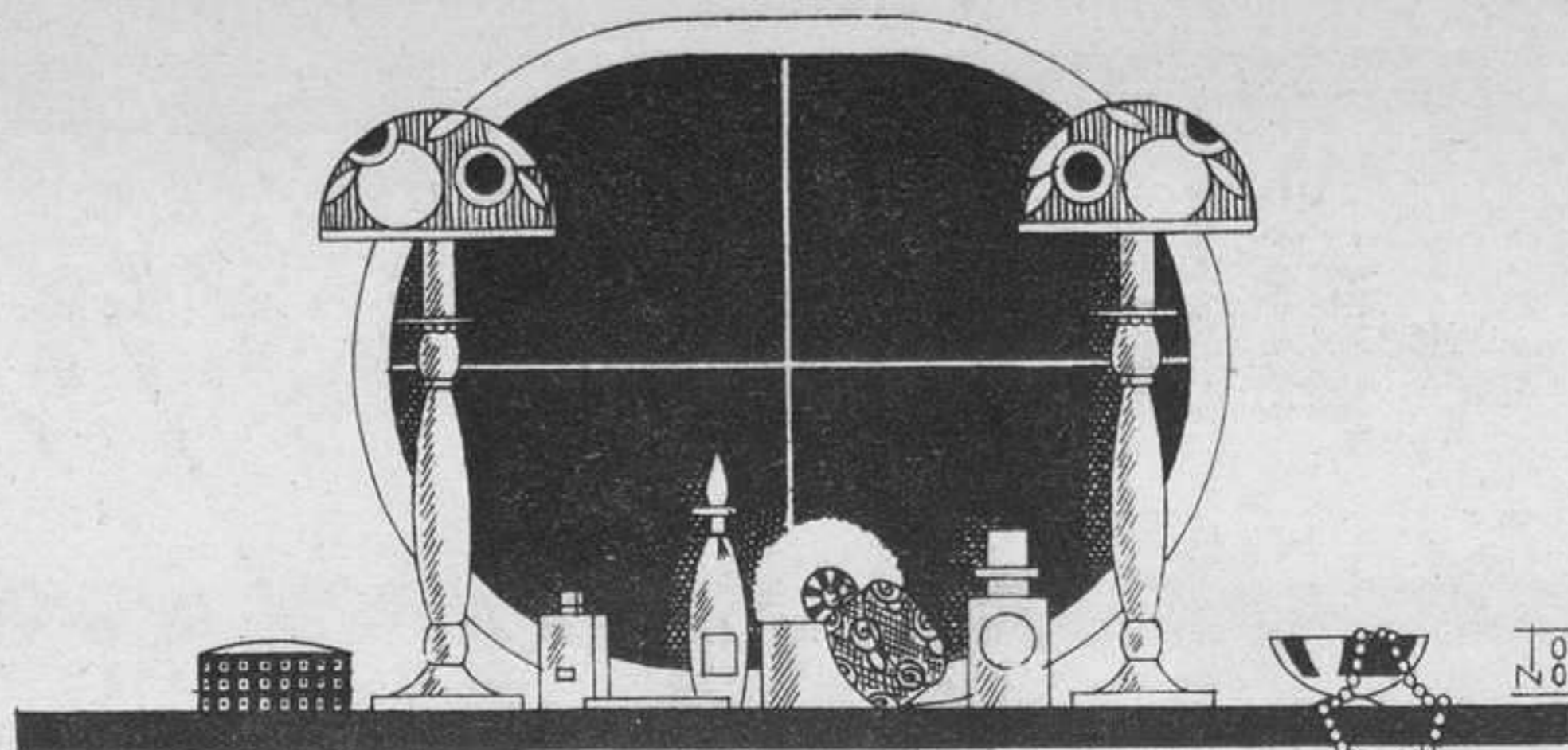
¿Qué forma de bolsillos imperará este invierno? Parece que siguen gustando las grandes carteras de antilope negro, con un fino borde de plata y grandes iniciales a un lado; sin embargo, también se ven algunos bolsillos con boquilla, y otros, más pequeños, de una forma bastante nueva. Para la noche, el bolsillo de abalorios, o bordado a punto de tapiz, sigue en boga; también se lleva el abanico de «cuchillos» de plumas doradas, con montura de concha oscura.



He aquí en el recuadro, un lindísimo aderezo de perlas finas y onix. Los pendientes, en forma de borlas, hacen juego con el imperdible de cristal mate, adornado con gruesos «cabachons» de onix, del cual cuelga un borlón de perlas igual a los pendientes.



Dos «pendantifs», a la vez elegantes y desprovistos de pretensión. El primero es de concha engarzada en oro, con un medallón de marfil, en el que va incrustada una flor de concha; el segundo es de onix, con una rosa de brillantes. Los cordones son de seda negra.

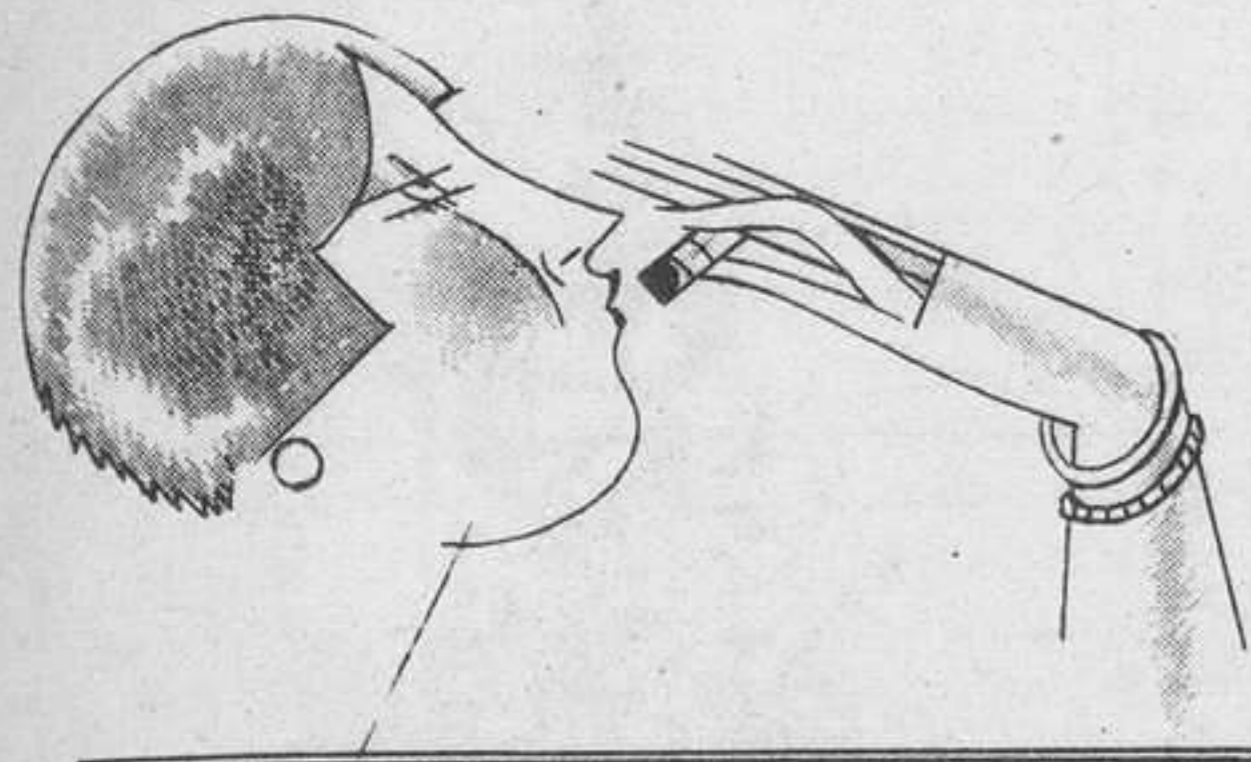


EN EL TOCADOR

LA BELLEZA

Y LA

LUZ ARTIFICIAL



Es indispensable una gran discreción para usar el *maquillaje* durante el día, so pena de que afee o envejezca el rostro; en cambio, bajo la luz artificial, es indudable que la belleza requiere algunos artificios. Aun a riesgo de escandalizar a alguna de mis queridas lectoras, me atrevo a decir que estos artificios son recomendables.

La viva luz diurna pone en evidencia la lozanía de un rostro bello y juvenil, aun con la tenue capa que puede empolvarle, según costumbre; pero ese mismo rostro, bajo la luz artificial, y visto junto a otros sabiamente arreglados, perderá sus ventajas y, en una palabra, quedará «borroso».

Por lo tanto, es necesario realzar, y aun acentuar, dado el caso, algunos rasgos.

Pero ante todo he de permitirme haceros una recomendación: cuando hayais de salir por la noche, procurad no salir hasta el último momento, con objeto de que el descanso serene y refresque vuestra cara. Es conveniente permanecer tumbada el mayor tiempo posible; después de daros *cold-cream* en las mejillas, debéis aplicaros fomentos de agua muy caliente, que debéis renovar a medida que se enfríen; con esta operación sentiréis al cabo de diez minutos una sensación de bienestar y reposo, sorprendente.

Después, os limpiaréis el *cold-cream* y os pondréis la crema de belleza que tengais por costumbre, añadiendo en la frente y la nariz una fina capa de blanquete líquido; este blanquete sirve sobre todo para preservaros del enrojecimiento posible durante el curso de la velada. Debe, no obstante, usarse con

gran moderación para evitar que la nariz adquiera una blancura superior a la del resto de la cara, con lo cual su tamaño parecería mayor.

Para las mejillas, debe usarse el colorete rojo «mandarina», colocado bastante alto y en una extensión suficientemente amplia; esta capa de colorete debe ser más densa que la que se usa de día.

Después de esto, se empolva la cara y sólo queda por «hacer» los ojos.

He aquí el punto delicado: yo os aconsejo que no subrayéis los párpados con lápiz grasiento, porque esto resulta horrible y nada pulcro; otro medio de agrandar los ojos consiste en empolvar la piel que los circunda con polvos bistre; pero yo confieso que encuentro este sistema muy difícil y, por lo tanto, no os lo recomiendo.

En cambio, juzgo indispensable ennegrecer las pestañas; esto puede hacerse con un cepillito y pasta negra, o con un lápiz que se pasa por las pestañas, cuidando que no toque nunca los párpados.

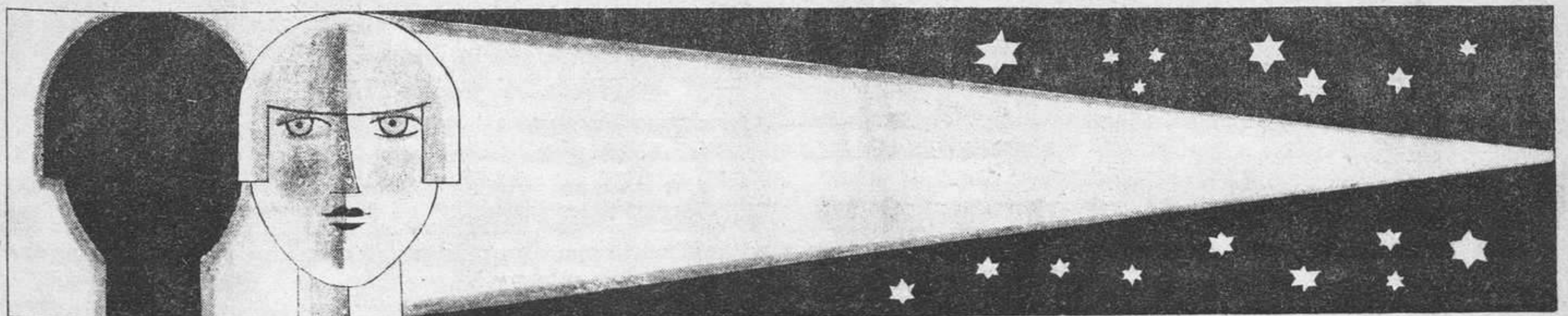
En el ángulo externo del ojo, debe trazarse una tenue línea apenas visible.

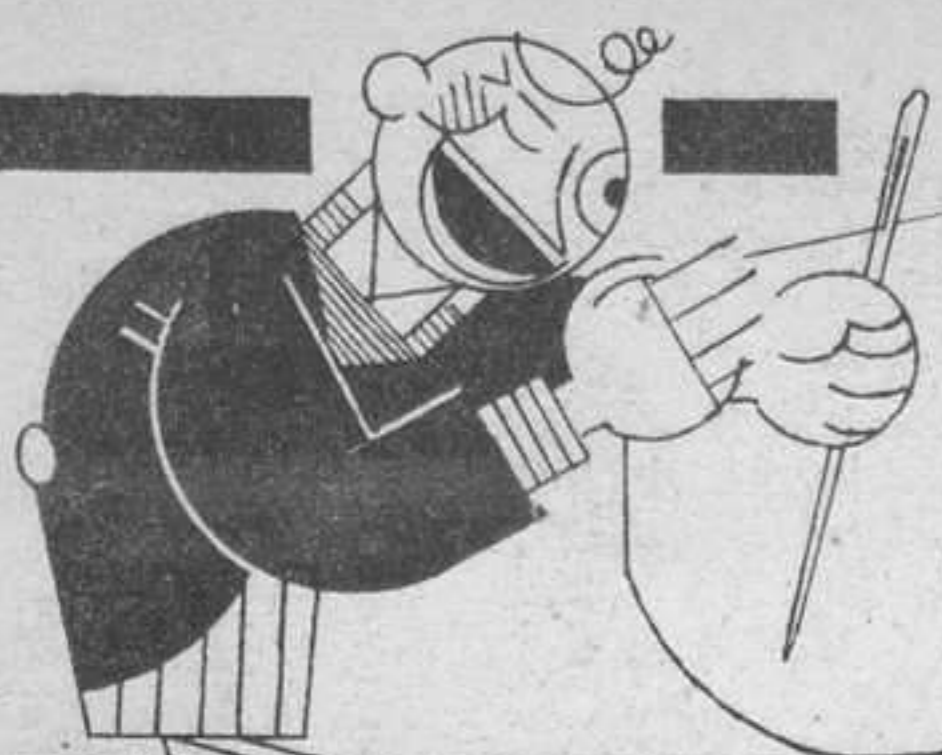
En el blanquete líquido que se emplea para los hombros y los brazos, debe mezclarse un poco de rosa, para que la piel tome un tono de colorido natural y no un aspecto enyesado.

No tardaré en daros algunas recetas de cremas que he visto que han dado un resultado maravilloso.

FRANÇOISE ARNOUX.

□ □ □





MODA HUMORÍSTICA

XOZO

ROPA INTERIOR.



NO de los suplicios más refinados con que las mujeres nos torturan cuando hemos sido malos, es el que consiste en hacer que las acompañemos a las casas en donde confeccionan ropa interior.

Hay momentos en la existencia, en los que no se tiene voluntad, y cualquier orden que nos sea dada por una mujer surte el efecto deseado.

De este modo entra el hombre en las casas en donde se confecciona ropa interior.

Estamos en Madrid y hemos entrado con la mujer que nos lleva en el piso-taller. Primero hay un pasillo; por una puertecita hemos visto un despacho estilo *español antiguo*. (Les está bien empleado a los que se empeñaron en seguir la moda de hace seis años, consistente en amueblar piezas y hasta casas enteras en *español antiguo*, encontrarlas ahora cursis, petulantes, vulgares y de hotel de ventas).

Desembocamos en una sala Luis XV o Luis XVI, pues en las casas de ropas de última moda, en donde no se les ocurriría presentar trajes Luis XV o Luis XVI, no han comprendido aún que hay un arte decorativo moderno extendido también a los muebles y a las telas, mucho más lógico allí que la reproducción de aquellos estilos limitados y banales.

En esa sala hay una mesa, un armario y el retrato de alguna persona real.

El hombre se sienta, y tras breves frases entre las mujeres, una pareja de señoritas comienza a amontonar sobre la mesa diferentes prendas interiores. Combinaciones, camisas, etc., etc.; seda, crespón, apenas hilo, mucho encaje, mucho color.

Si el hombre no tuviese que intervenir en esto, todo iría bien. Reclinándose un poco sobre el respaldo, tal vez podría intentar unas cabezaditas. Si había tenido la precaución de llevarse una revista o un libro, la lectura le hubiera hecho pasar esas horas sin demasiado sopor.

Pero no, así no sería castizo; el hombre tiene que intervenir.

Ella le ha dicho, enseñándole una combinación de crespón rosa con encajes tostados:

—¡Mira, qué preciosidad! ¡Mira, hombre! ¿Tú, qué prefieres, el *fil tiré* o el *point a l'aiguille*?

¡¡Qué contesta uno a esa pregunta!!

El hombre, al principio se queda aterrado, teme que su contestación produzca un trastorno. Es como cuando en los exámenes nos hacían la pregunta decisiva, de la cual dependía el aprobado o el suspenso.

¿Qué prefieres? —le repiten—. Generalmente se contesta temeroso.

—¿Qué va a ocurrir si digo que el *fil tiré*...?

Esto produce una mirada de desprecio de todas las allí presentes.

Uno no sabe lo que es *fil tiré* y en qué se diferencia del *point a l'aiguille*, pero conoce la necesidad de dar una respuesta categórica.

Al fin, con la decisión del nadador que se arroja al agua, dice:

—Decididamente prefiero el *fil tiré*.

Esto ya es el principio del fin, pues casi inmediatamente las señoras se ponen de acuerdo para elegir el *point a l'aiguille* y hablar mal del *fil tiré*. Que si ya lo lleva todo el mundo, que si lo hacen en todos los conventos, etc., etc.

Uno queda un poco avergonzado de su fracaso y espera el desquite. Ocasiones no le han de faltar.

¡Un *deshabillé*! Esto es, un aparato de seda que se destina a cubrir a nuestras compañeras por la mañana en casa.

—Mira que *deshabillé* tan precioso —le han dicho—. Esta es una prenda cómoda para echársela encima rápidamente y de cualquier manera, al levantarse —han añadido.

Ha empezado a probarse. Primero, hay que meterlo por la cabeza; después, entre las dos vendedoras, cogen los picos de la prenda y les hacen dar

dos vueltas al cuerpo. Unas borlas, como de cortina, tienen que caer a un lado; los pliegues de la espalda tienen que caer de una manera especial. Total, veinte minutos. Al final dicen:

—Ves, ¡ya está puesta!

En efecto, no se puede negar. A la memoria del hombre acuden los tristes recuerdos de las largas esperas. Primero había sido:

—No tardo nada: sólo ponerme otro traje. O también:

—Me voy a poner el sombrero y en seguida salgo.

Las primeras veces, confiado e inocente, esperaba en pie; al poco tiempo se paseaba por la habitación; después abría un libro.

Con la costumbre, después de esa promesa de no tardar, el hombre se reclina en una *chaise longue*, escribe dos o tres cartas, toma un baño, siempre con la seguridad de terminar antes que su compañera. Esos recuerdos encontraban encadenamientos lógicos al contemplar la prueba de un sencillo *deshabillé*. Y entonces ha ido por el desquite, y se ha arriesgado:

—¿Y una prenda más sencilla de poner, algo así como una bata corriente, que se pone en un segundo...?

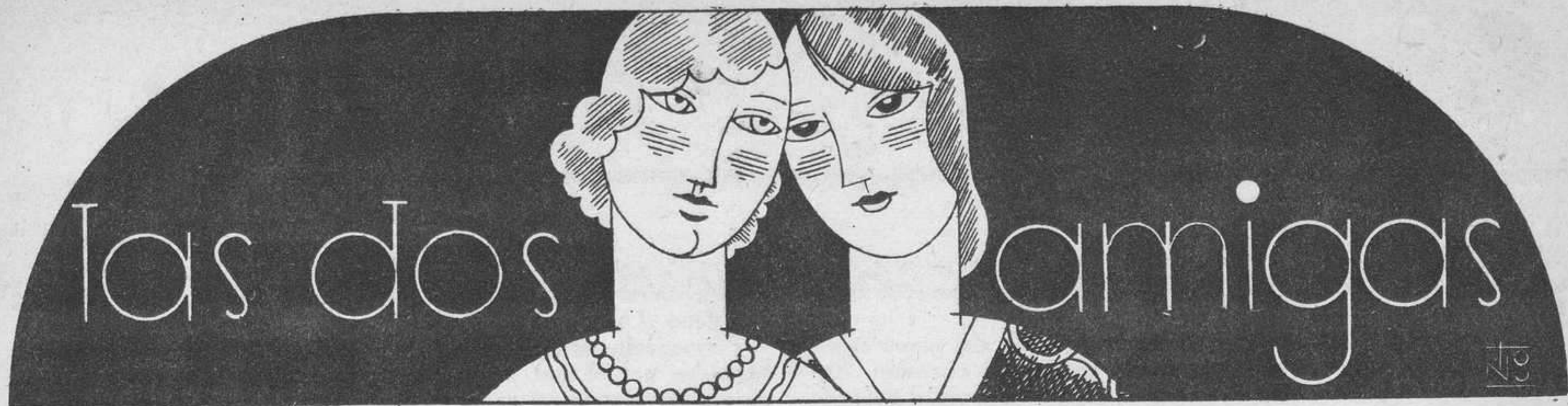
Han surgido gritos de protesta:

—¡Por Dios, qué prisas! —ha oído decir—. ¿Y qué iba una a hacer luego en toda la mañana...?

Ante ese argumento, el hombre ha vuelto al silencio y a la contemplación del *fil tiré*...

EDGAR NEVILLE.





NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

Se había puesto uno de sus más lindos vestidos, cuyo cuerpo ligeramente escotado, descubría la carne de Odette, blanca, nacarada.

Fué a coger uno de esos lindos abrigos de casa, que sólo cubren el busto, caen bien con casi todos los trajes y añaden al encanto de la mujer una gracia de íntima coquetería.

Había sentido de repente, hasta junto al fuego, un ligero estremecimiento. Pensó: «¡Qué friolera soy!»

Sabina vino a decirle que la esperaban en el saloncito.

Entró. Sentíase pálida de emoción. Con los brazos colgantes, entrelazaba sus manos, que temblaban ligeramente. Quizá tenía un poco de fiebre, desde hacía algún tiempo. Esto le sucedía casi todos los días, a eso de las cinco.

—Querida Odette —dijo su padre—, he transmitido tu contestación al señor de Ansauvillers.

Mauricio se había levantado. Avanzó hacia ella y, al convertirse en su prometida, le besó las puntas de los dedos, diciéndole:

—¡Querida Odette, gracias! Me hace usted feliz, muy feliz.

Ella tomó aliento, y encontró una dulce sonrisa para contestarle suavemente:

—¿Y usted, Mauricio..., me hará usted feliz?

—Seguía apretándose las manos nerviosamente. Y sus grandes pupilas color de zafiro interrogaban llenas de temor y sumisión, como debían hacerlo las de las jóvenes cautivas de la antigüedad ante el desconocido vencedor.

Mauricio dijo entonces a la joven en tono alegre:

—¡Su padre desea que nuestro casamiento sea en mayo, y aún estamos en noviembre!

Sin duda el antiguo abogado quería tomarse tiempo para estudiar al novio. ¿Qué sabían, en definitiva, de aquel señor de Ansauvillers, que había conquistado el corazón de Odette y que iba a llevársela a su casa, robándola a sus padres para siempre, encargándose desde aquel momento de hacerla dichosa lejos de su familia? ¿Qué se sabe, verdaderamente, del hombre que era ayer un desconocido, que habla con nuestra hija unas cuantas noches, la ve dos o tres meses, pide su mano, la consigue, la coge y se la lleva?

—Me parece —hizo observar el señor Angerolle— un mes muy conveniente para una ceremonia de este género. Es en primavera, hace sol, nuestros amigos no se habrán marchado todavía de París.

—Papá, abril también es en primavera.

—¡Sí, defienda usted nuestra causa! —exclamó Mauricio.

—Oye, papá, aún puedes adelantar la fecha. ¿Por qué mayo es mejor que abril?

—¡Qué prisa tienes en dejar a tus padres! —suspiró la señora Angerolle.

Tenía pena al comprobar el hecho. ¡Se las mimaba, se las consiente todo, se las educa con solicitud, con ternura, con amor; se pasan las noches a la cabecera de la cama cuando están enfermas, se sacrifican por ellas durante años y más años, gustos, predilecciones, placeres, millares de pequeñas alegrías, millares de pequeñas esperanzas, miles de proyectos de la juventud, y llega un momento en que, deseosos de abandonarnos, los hijos tan amados cuentan los días que para ellos les faltan!

El señor Angerolle tenía, sin duda, el mismo pensamiento que su esposa. Inclino la cabeza y dijo sin entusiasmo:

—Bueno, sea. Os casaréis en abril.

Odette se había arrojado sobre su madre, cubriéndola de caricias:

—¡Mamá, mamá! ¡No tengo prisa alguna en dejaros! ¡Qué ideal! ¿Te he disgustado? Oye. Sólo estaremos ausentes un mes, para hacer el viaje de novios por Italia; y regresaremos pronto, bien pronto, y los dos iremos a reunirnos con vosotros en Borgoña.

—Hay que dejar los jóvenes matrimonios en su casita, querida Odette —dijo dulcemente la señora de Angerolle.

Y Mauricio de Ansauvillers, alzando la voz, declaró, volviendo la cara hacia Odette, con una sonrisa de complicidad:

—En abril hará ya calor en Italia. Lo mejor sería marchar a mediados de marzo.

Quería de este modo complacer a su novia y asegurar lo más pronto posible su felicidad.

Pero el abogado permaneció inflexible, y la fecha elegida de común acuerdo, después de muchas consideraciones, fué el 10 de abril.

Comieron los cuatro juntos aquella noche.

Odette tenía el rostro animado y las mejillas rojas de placer.

Pasaron luego al saloncito para tomar el café.

El señor Angerolle, del fondo de su sillón, interrogaba hábilmente a su futuro yerno y formulaba opiniones con la autoridad sentenciosa de un hombre de negocios feliz, de un hombre de edad y de un padre.

El otro se prestaba de buena gana al examen; contestaba siempre oportunamente y tomaba un aire de interés deferente. Explicaba sus proyectos para el porvenir. Se comprendía que todo lo tenía preparado desde larga fecha y que no improvisaba; había debido prever que algún día se casaría con una muchacha rica y hablaba locuzmente.

La señora de Angerolle se callaba; le observaba. Adivinábase que hacía en lo íntimo de su pensamiento toda clase de observaciones y que hablaría largamente de ello aquella noche, cuando los dos, marido y mujer, estuviesen solos.

Odette miraba fijamente a Mauricio. Parecía admirarle, confiada.

El a veces se olvidaba de su papel: se echaba para atrás en el sillón, cruzaba las piernas, sostenía el platillo con una mano, manteniendo la taza bien derecha y el cigarro con dos dedos de la otra mano, y en todos sus ademanes y posturas tenía ya el aspecto del caballero que es propietario de una mujer que lleva un dote de quinientos mil francos.

IX

Odette tosía un poquitín, muy de tiempo en tiempo.

—Hace falta ir a Bourgogne —dijo la señora de Angerolle.

La joven exclamó vivamente:

—Pero ¿por qué, mamá? ¿Porque toso un poco? ¡Vaya una cosa!

—No te acabas de curar. Estuve ayer en casa de los Bianchi. Y la señora Bianchi me dijo, con razón, que debías haber ido a ver a Bourgogne, pues no hay que dejar que una tos se alargue indefinidamente. Me dió la enhorabuena por tu próximo casamiento.

—¿Cómo lo supo?

—Por el propio Ansauvillers. Me parece que se precipita un poco.

—¿Acaso no le ha sido concedida oficialmente mi mano?

—Sí. Pero no hace falta apresurarse tanto anunciándolo. ¿Y si el casamiento no tuviese lugar?

Odette palideció, y casi gritando exclamó:

—¡Oh! ¡Mamá!...

—¿Cómo te exaltas, hija mía! No se trata de romper con el señor de Ansauvillers, que te gusta y nos gusta. Pero es el caso que todavía no le conoces lo suficiente. Supón que al mes de hacerte la corte tenga lugar algún suceso imprevisto. Que descubras en él un defecto desagradable, insoportable. Resultarías por su ligereza algo en evidencia. Me parece que debía haber esperado un mes o dos antes de dar la noticia. Y persisto en decirte que el señor de Ansauvillers se ha dado demasiada prisa. No me agradan estos procedimientos. ¿Cuáles son las señas de Bourgogne?

—Calle La Boetse.

La señora Angerolle entró en el despacho de su marido para telefonear al doctor Bourgogne. Un criado contestaba indicando a los clientes las horas disponibles. Se convino que irían al día siguiente, a las tres.

—¡Qué fastidio! —observó Odette, que estaba junto a su madre.— Precisamente mañana tiene que venir Mauricio.

—No vendrá antes de las cinco, y ya estaremos de vuelta.

El carruaje las condujo al día siguiente hasta la puerta del célebre doctor.

Sus notables estudios acerca de las enfermedades de las vías respiratorias, y principalmente acerca de la tuberculosis, le convertían en una autoridad en aquellas dolencias, señalándole a la confianza y a la elección de los enfermos.

Otro coche y dos «taxis» esperaban a lo largo de la acera, ante el gran edificio de piedras blancas y nuevas en el cual ocupaba Bourgogne el primer piso.

Al pie de la escalera, la entrada presentaba el aspecto de un atrium, con sus grandes baldosas, sus columnas y verdes plantas.

Un criado, de frac, abrió la puerta y hacía pasar al salón.

Era una habitación grande, caliente y luminosa, con un claro tapiz de Esmirna, muebles Luis XIV, sofás y sillones dorados. De las paredes colgaban cuadros de firmas conocidas, porque el doctor Bourgogne, como la mayoría de sus colegas, era aficionado a la pintura, siendo artista y hombre de gusto. A primera vista nada indicaba la profesión del inquilino del piso. Encima de la chimenea, un bloque de mármol esculpido representaba un hombre musculoso que, con los brazos extendidos, levantaba los cortinajes de una especie de monumento, al parecer, una tumba egipcia. El autor había grabado



en la base estas palabras: «Al doctor Bourgogne. Recuerdo de su reconocido *Andrau*.»

La fama del médico databa quizá de la curación del joven escultor. Los periódicos se habían interesado en aquella curación. Andrau, miembro ya del Instituto, seguía siendo todavía el enfermo del doctor, su propiedad personal. No nombraban al escultor sin añadir casi inmediatamente: «Es el que curó Bourgogne».

Encima del piano de cola, cubierto de una tela antigua, había flores, unos cuantos *bibelots* y la fotografía de un hermano del rey reinante, el príncipe de Tesalia, de uniforme de coronel de húsares blancos, con la siguiente dedicatoria cruzándole las piernas: «Agradecimiento al doctor Bourgogne. *Felipe de Tesalia*».

Había sido también una curación notoria. Pero el especialista hablaba de ella con una discreta sonrisa. Pues Felipe de Tesalia, dotado de una salud excelente, creía tener todas las enfermedades, una después de otra. E insistía. Exigía remedios. Se los recetaban para darle gusto. Y en seguida exclamaba: «Me encuentro más aliviado. ¡Ya estoy curado!» Había acabado por tener un médico afecto a su servicio particular.

Había cinco personas que esperaban.

La señora Angerolle reconoció a Ivona Bosio, una actriz de moda que trabajaba en los teatros del bulevar. Veíase a menudo su retrato en las primeras páginas de los periódicos ilustrados. Servía también de figurín a modistas, peleteros y perfumistas. Ivona Bosio tosió dos o tres veces detrás de sus pieles. Trataba de contenerse, con la boca cerrada. Extendía y recogía las piernas, resbalando sus altos tacones sobre el tapiz y descubriendo sus pantorrillas adelgazadas por la enfermedad. La señora Angerolle, que la conocía del teatro, observó que la actriz estaba muy delgada.

Un joven seco, de pómulos salientes, piel color de cera, rostro triste, tosía también de una manera seca, como Odette. Parecía estar condenado. Su traje, ajustado con exceso, le hacía de una delgadez inverosímil. Dos muchachas cuchicheaban. Reían discretamente. Daban deseos de escuchar su conversación, que parecía divertida. Por fin se callaron. Una de ellas se levantó y dió una vuelta al salón. Cogía todos los *bibelots*, uno tras otro, y los manoseaba, los ponía a la altura de sus ojos y con afectado cuidado procuraba dejarlos exactamente en el sitio que antes ocupaban. Después se puso a leer con los impertinentes las firmas de cada tela. Acabó por sentarse. Su compañera hojeaba los periódicos ilustrados. Eran antiguos, y estaban estropeados. Jamás se encuentran las revistas de la semana o del mes en las salas de espera de los médicos. Cuando por casualidad se las encuentran, se las llevan.

Una señora recorría con mirada aburrida los cuadros y golpeaba con las puntas de los dedos, enguantados de blanco, la madera dorada del sillón.

Todos se examinaban unos a otros a hurtadillas, y las miradas se apartaban en seguida que se encontraban.

Se oía claramente la respiración, más apresurada en los más atacados. A veces elevábase dulcemente un ligero suspiro de lasitud.

El sopor les invadía. Se iban adormeciendo.

De vez en cuando aparecía el movimiento característico de cada uno: Ivona Bosio extendía y retiraba sus delgadas piernas; la señora sola seguía golpeando el brazo del sillón; otra llevaba el compás con el pie; Odette se quitaba y se ponía un guante; el joven, con la mano en la mejilla y la cabeza inclinada, parecía agotado; de vez en cuando, no obstante, levantaba los ojos y miraba con tristeza a la joven rubia. Pensaba quizá que estaba bien enferma; seguramente más enferma que él. Y Odette dijo a su madre al oído:

—Ese pobre muchacho de allá abajo parece que está muy mal. No vivirá mucho tiempo.

Cuando se oía el ruido de una despedida detrás de la puerta alzábanse las cabezas, se aguzaba el oído, se trataba de adivinar los movimientos invisibles, y un movimiento de alivio pasaba por el salón de espera.

Entonces Bourgogne empujaba la puerta. Veíase durante un segundo su elevada estatura, su gran cabeza, su rostro afeitado, completamente rojo, bajo los cabellos blancos y tiesos, que le daba un cierto parecido con un *asentista general* del tiempo de Luis XV o un guerrillero del antiguo régimen.

Sonreía a la persona que debía entrar. Y mientras cerraba la puerta se oía:

—¡Buenos días, doctor! Quisiera...

Un cortinaje caía, ahogando la voz. Y ya no se oía nada más. No se volvía a ver al enfermo, que debía salir por otra puerta. Causaba una extraña impresión toda aquella gente que entraba una tras otra y no volvía a salir. Odette preguntó:

—¿Es que los precipita en algún abismo?

Por fin les llegó el turno.

—Mi hija desea saber qué hace usted de los enfermos que entran por aquí y no vuelven a salir. ¡Teme, querido doctor, que los precipite usted en algún abismo!

Se echó a reír, divertido ante aquella idea.

Felicito a los dos, porque también se había enterado de la futura boda.

—¡Cómo! ¿También lo sabe usted?

—Olvida usted, señora, que soy amigo de mi joven colega de

Ansauvillers. El mismo me ha participado la feliz nueva. Pero ¿a qué debo el honor de su visita?

Permanecía siempre risueño, hasta delante de los clientes más atacados por el mal, ante aquellos que no tenían tres meses de vida. Sólo cuando adivinaba o descubría una resistencia a sus prescripciones su rostro cambiaba y se ponía severo. Entonces ordenaba. Hablaba sin precauciones de la gravedad del caso. Y las mujeres, sumisas, temerosas, dominadas, abandonaban su testarudez y le obedecían.

—Mi hija —dijo la señora Angerolle— tose de una manera persistente desde hace algún tiempo, y esta tos me preocupa. ¡Oh, es poca cosa! Pero quisiera que usted la examinara y, si hace falta, la reprendiese, porque no es nada razonable: ¡no se curará nunca!

—¿Cuánto tiempo hace que tose usted? ¿Hace mucho?

Odette contó con todos los pormenores la historia del enfriamiento en Cabourg, con la complacencia que la mayor parte de los enfermos emplean para hablar de su dolencia.

El doctor escuchaba, diciendo a veces: «¡Sí, sí!», a fin de indicar que seguía las explicaciones.

Preguntó:

—¿Tiene usted buen apetito?

La señora Angerolle contestó por Odette:

—No come nada, doctor. Le ponen sus platos favoritos y apenas los toca. Adelgaza. Sin embargo, casi todas las mañanas la envío al Bosque, a las once, para que dé un paseo a pie.

—¿Y este paseo, que no le despierta el apetito, la fatiga?

Odette vacilaba en contestar, por miedo de verse privada de un gusto.

Acabó por convenir que el paseo la fatigaba un poco.

—¿Duerme usted bien? —añadió Bourgogne con una mirada interrogante.

—Bastante bien.

Después preguntó en tono mundano, como para encontrar un tema de conversación:

—¿Duerme usted con la ventana abierta o cerrada? Pues hay dos escuelas.

—Antes de mi catarro era partidaria de la ventana abierta, pero ahora lo soy de la ventana cerrada. ¡No quiero agravar mi enfermedad!

—La ventana cerrada ofrece muchos inconvenientes. El aire no se renueva, y, además, a veces da mucho calor.

—Eso es verdad —exclamó Odette—. Ahora me despierto toda mojada, como si saliera de un baño. Es muy desagradable. Y no me atrevo a abrir la ventana por miedo a un peligroso cambio de temperatura. ¡Verdaderamente, no sabe una qué hacer! No quisiera verme expuesta a una bronquitis crónica, como mi abuelo.

Se pusieron a hablar del señor Angerolle, el abuelo, y de su bronquitis crónica, de la cual acabó por morir. Bourgogne le había conocido.

Sin saber cómo, la conversación tomó un carácter de intimidad. Odette contó, naturalmente, lo mucho que la quería el abuelo. ¡Lo que la mimaba y besaba!

Era el arte especial de Bourgogne, su triunfo, el interrogatorio que hacía sufrir a sus clientes. Encontraban encantador aquel médico, que casi no parecía hablarles de su enfermedad. Procedía por medio de preguntas, siguiendo los preceptos de Sócrates. Llegaba a conocer el estado de salud de los antepasados, sus defectos hereditarios, la génesis, las características esenciales y el grado de la tuberculosis, insospechada casi siempre. Y las preguntas, precisas, diestras, conducían con toda naturalidad a una conclusión, a menudo terrible, que el sonriente Bourgogne guardaba para sí.

Veía claramente la enfermedad de que se quejaba Odette. ¿De dónde procedía esa enfermedad? Probablemente, del abuelo.

—¿Quiere usted desabrocharse un poco? —dijo el doctor.

La madre sirvió de doncella a la hija.

Bourgogne palpaba, auscultaba en silencio, con aspecto serio. La manejaba con sus dedos, ligeros e indiferentes, para hacerla girar. Ella permanecía erguida, mirando maquinalmente el lomo dorado de los libros de la biblioteca y el armario de cristal, lleno de niquelados instrumentos.

Se incorporó y dijo:

—El clima húmedo de París y la vida de sociedad que usted lleva no le son muy favorables. Haría falta el aire del campo y el reposo absoluto. ¿Por qué no marcha usted a Suiza, a pasar allí el invierno? Hay ciertas regiones de aquel país en donde hace un frío seco que podría devolverle el apetito.

Odette se volvió hacia su madre:

—¡Oh! ¡Mamá! ¡No quiero dejar a Mauricio!

La señora de Angerolle pensaba que la vida en Suiza no le gustaba nada, que ya había vivido en el campo durante muchos años, a causa de la salud de Odette, y que todavía sería preciso volver a sacrificarse por ella.

Preguntó:

—¿Cuánto tiempo durará la estancia, querido doctor?

(Continuará en el número próximo.)

LA PÁGINA DE LAS LECTORAS

¡Juanito! ¡Mary!
Al oír que los llamaba la dulce voz de su abuela, dejaron los juegos a que se entregaban desafiando los ardorosos rayos del sol argelino, y seguidos de su hermanita que con trabajo subía la escalinata de la quinta-palacio en que residían, acudieron alborozadamente junto a la anciana que, con la sonrisa en los labios y la alegría en la mirada, contemplaba la rubia cabecita de sus niños.

La señora de Sourlaville, dama de extraordinaria cultura y elegancia, era una anciana que podríamos llamar «clásica», puesto que se había dignado envejecer sin recurrir al «maquillaje» para esconder los estragos de la edad... y de los pesares...; vestía amplia túnica de seda negra, tocaba su cabeza con una a manera de cofia bretona, por debajo de la cual asomaban algunos mechones plateados que servían para acentuar el brillo de sus ojos, negros y profundos, cuya suave melancolía era indicio de una vida interior rica... en dolores y amarguras...

Hallábase en uno de los salones de la quinta que mejor armonizaban con ella; muebles de una época ya pasada, y cuya historia familiar conocían los niños, la rodeaban, impregnándola de suaves recuerdos...; por uno de los balcones veía las plantas variadísimas y exóticas que en el jardín crecían, debido a la temperatura ideal de la región; por la parte opuesta, el mar venía a lamer los muros de la quinta, que a causa de la humedad se encontraban ennegrecidos...

En un sillón que recibe jubilosamente las caricias del sol y los perfumes que las plantas le envían, se encontraba la señora de Sourlaville rodeada de sus muñequitos—como amorosamente los llama—que, con las boquitas entreabiertas y los reidores ojos pendientes de los de la abuela, parecen querer adivinar lo que les va a decir antes de que las palabras salgan de sus labios...

Contempla un rato aquellas caritas, en que la ansiedad está pintada, y comienza así: ¡Hijos míos! No os voy a contar un cuento alegre porque la alegría no es ave que posa en mi balcón; pero si os diré una leyenda que os interesará, pues en ella va mezclado el recuerdo de vuestro nunca olvidado padre... Hace de esto muchísimos años; él era entonces un niño que amaba apasionadamente la vida del marino, a quien yo no quería dejar seguir carrera tan llena de peligros...; mas ¿cómo impedirlo, cuando todos en su familia lo habían sido? Me fué preciso acceder a sus ardientes deseos, y un día salimos de Hijeres, donde vivíamos, para ir a Toulou, donde le esperaba un buque de guerra...; mas antes pasamos ante el Cristo de los Navegantes, que se encuentra en un montículo desde el cual se domina el muelle, para impetrar de Él un feliz retorno a mi triste hogar... y ahora viene la leyenda:

Se contaba que aquel Cristo, siempre que un marino en peligro imploraba su protección, si la súplica era atendida, desprendía los brazos de la Cruz, en además de socorrer al navegante; un sacerdote que habitaba en una ermita próxima anotaba el día y el año en que había tenido lugar el milagro, y al cabo de cierto tiempo un exvoto, colocado en el pedestal del Crucifijo daba a conocer a los habitantes la gratitud del favorecido... En aquel tiempo sólo quedaba la leyenda y el Crucifijo; lo demás había desaparecido. Cuando mi hijo se embarcaba—continuó la anciana— todos los días iba a rezar por él, empleando el tiempo en mis súplicas y en dirigir una mirada a los inmensos horizontes que me lo habían arrebatado...

LEYENDA

El 15 de agosto de 18... tenía que emprender nuevo viaje; el mar estaba tranquilo; nada hacía presagiar la tormenta que se iba a desencadenar, y el buque, soltando sus amarras, balanceóse graciosamente en el líquido elemento, y envuelto en las sonrisas tristes de las despedidas, abandonó el puerto. Pasó la tarde. Con el crepúsculo vinieron densos nubarrones, que llenaron mi corazón de angustia, y a media noche la tempestad estalló horrible y majestuosa, amenazando la vida del que amaba. El mar enviaba sus olas enfurecidas, arrastrando lo que encontraba a su paso y elevando sus rugidos cada vez que era impotente para obtener una presa. Horas angustiosas fueron las de aquella noche; horas de dolor, en las que el corazón y los ojos se funden en lágrimas; en las que se llora como si las fuentes del llanto no hubiesen de secarse jamás; dolor sin ayes, profundo, incurable...

Cuando amaneció me dirigí al Cristo pensando en el amado hijo, juguete de las olas en lejanos mares. Me arrodillé haciendo el signo de la cruz, bajé la cabeza y no pude articular ni una sola palabra de oración; pero toda mi alma imploraba el socorro divino, la fuerza necesaria para no sucumbir al dolor. Continuaba en esa postura cuando un algo misterioso sacudió todo mi ser; alcé instintivamente la vista, y un grito salvaje salió más de mi corazón que de mis labios... ¡La Divina imagen extendía sus brazos y me miraba con amor! ¿Cómo expresar lo que sentí? La palabra es impotente para dar a conocer esos estados psicóticos, mezcla de remordimiento y gratitud; remordimiento, sí, porque nunca quise dar fe a la leyenda... de gratitud, porque se había salvado mi hijo. ¿Qué otro podía ser?

En mi amor exclusivista no veía en el mundo más que el que amaba... Bajo la emoción que me embargaba emprendí la vuelta a casa, esperando hallar algún mensaje que me dijera que mi hijo estaba a salvo...; mas nada encontré. Nuevas horas de dolor ensombrecieron mis días abriendo llagas mal cicatrizadas. Experimenté de nuevo la pesadumbre de vivir... Una fatiga física, un cansancio espiritual, una sensación de invencible dejadez me invadía, anulando la voluntad..., deseado el reposo infinito... Pensamientos extraños venían a mi mente. ¿Habría sido presa de una alucinación? Mi espíritu, excitado por las circunstancias e impresionado por la leyenda, habría visto lo que no existía sino en mi imaginación.

¡Hijos míos! Dios, que perdona todo a las madres porque sabe lo que es amar con pasión, no hizo caso de mis dudas y me envió la respuesta... A los pocos días estrechaba a mi hijo contra mi corazón, y apoyada en su brazo iba a darle gracias por haberme conservado al que tanto amaba... Callóse la anciana invadida por los recuerdos..., escuchaban los nenes el conmovedor relato... y el mar, olvidando su fiereza, enviaba hacia la villa sus blancas y rizadas espumas, como homenaje de admiración...

La campana de N. D. A. invitó a la plegaria vespertina. La naturaleza, suspensa en el grave misterio de la hora, parecía entregada a la oración... Los árboles, quietos en el manso ambiente, inclinaban sus copas en signo de adoración... El «alma de las cosas» subía hasta el cielo a modo de una plegaria... El tañido de las campanas sonaba a lo lejos con claridad dulcísima... Inclinaron los nenes sus cabecitas, sintiendo pasar sobre ellos algo sobrenatural..., y la oración brotó de aquellos labios infantiles..., de aquel corazón de madre, por el que había dejado de existir.

FLEUR DE REVE.

LA MUJER HEROICA

En diversas situaciones puede encontrarse la mujer; pero me limitaré a considerarle en sus misiones principales de esposa y madre. Quiero hacerla resplandecer en la intimidad de la familia para que así, desde su centro, la veamos elevarse hasta el heroísmo.

El hogar en que por desgracia falta la mujer, suele convertirse en una especie de casinillo, en donde no hay calor, cariño ni dulzura, y en donde sus socios no hacen más que soportarse, porque falta entre ellos ese «poder moderador» que tan sólo y como nadie sabe administrar la mujer.

Si alguna de vosotras, queridas lectoras, conocéis alguno de estos hogares sin mujer, veréis claramente que no son las paredes ni la convivencia lo que forma hogar ni constituye familia. Ella es el bálsamo para el corazón, la que calma la imaginación del esposo, la que endulza las horas amargas y el reposo del marido, ella aplaca las inquietudes; en una palabra, lo es todo, y todo lo llena en su hogar; en la familia. Débil es la mujer, y en su misma debilidad estriba todo su poder. Una lágrima oportuna, pero sincera, puede conseguir casi lo que a ella misma se le figuraba imposible. Si sabe amar y hacerse amar, ha triunfado, ha conseguido su fin; ya no está sometida ni postergada en su debilidad; muy por el contrario, ella manda con su deseo, es adivinada en su pensamiento, todo lo sufre y tolera. Con su arte de mujer y gracia femenina sabe transformar su debilidad en grandeza de espíritu, que la eleva a veces hasta el heroísmo.

Si la mujer, además de esposa es madre, ante Dios y los hombres no puede decirse cosa de ella que más la enaltezca y honre. Dios ha querido concederle, al propio tiempo que este honor, la misión más delicada y trascendental, tanto, que rara vez llegamos a persuadirnos bien y concederle al asunto la importancia que merece.

Desde el instante que supone ser madre, tiene deber de vigilar hasta sus más íntimos descos, pensamientos, etc., por la transmisión moral de que se hace responsable; y si la virtud ennoblece su corazón y dignifica su espíritu, con ilusión espera ver reflejadas sus propias cualidades morales con mayor perfección aún que se transmiten los trazos físicos. Ya ves, mujer, la importancia que tiene tu educación y perfección moral. Sé tú como quieras sea tu hijo y perfecciona tus tendencias e inclinaciones para que nunca notes una triste herencia que reprocharte.

Ensueños de rosa.

Mecida por el viento que leve la acaricia, una linda rosita se hallaba en un jardín; a su lado se inclina un clavel suspirando y de orgullo bien pronto rebosa la infeliz.

Sus pétalos sedosos, rojizos y sangrientos, se agitan con el viento mostrando con placer los estambres dorados que, en sus rubios pistilos, encierran el divino rocío del querer.

La luna siempre afable sus rayos proyectaba, y a la luz misteriosa en que envuelve el jardín, dos amantes se besan, no lejos de la rosa, y sus almas traspasan de la tierra el confin.

Su manos se acarician..., sus ojos se embelesan..., mas de pronto deciden arrancar del rosal una rosa sangrienta que ha de ser el testigo de sus futuros planes de gran felicidad.

A ella se aproximan sus manos enlazadas, y tronchando su tallo, que sangra de dolor, depositan en ella un ósculo muy dulce que la hace estremecerse recordando su amor...

El tiempo ha transcurrido feliz y placentero, sin detener su curso, sembrado de dolor, los tiernos corazones que el viento acariciaba, haciéndolos moverse entre nubes de amor...

La rosa tan sangrienta que entonces conocimos, ha tiempo que marchita reposa en su ataúd, teniendo como losa que cubra sus hechizos, páginas de una historia que apenas ve la luz...

LA DAMA ANÓNIMA.

Con estos y otros principios fundamentales, bien preparado tendrás, madre, tu preciado terreno; pon semillas, que si tú te empeñas ellas echarán raíces tan fuertes y vigorosas que ni vientos ni huracanes pueden arrancar. Falta hacer, porque en los tiempos que corremos la tempestad arrecea, y habrá, pues, que reforzar los cuidados y vigilancia.

Mujer: entre las mil cosas que eres, también puedes considerarte como artífice de tu hijo. En tu obra debes recrearte, y si aprendes a observar, puede ser te utilísimo para la perfección de tu obra. Haz bien el pulido, corta, quita de raíz aunque te fatigues o sangre el corazón; sé fuerte en tu trabajo, no te desanimes ni desfallezcas, pues es la empresa larga, tan larga, que como ves durará hasta que llegues a la perfección, y eso será... nunca. Una madre siempre quiere, o, por lo menos, debe desear, añadir o corregir su obra constantemente por temor de que otro extraño pueda descubrir alguna imperfección.

También es en tí, en tus manos de mujer y de madre, donde reside el porvenir de la humanidad. Tus hijos son los hombres de mañana, y según sean ellos, así será la sociedad, el Estado, la Patria.

Por ser madre llegas a veces a ser heroína. Cuando ofreces la vida de tu hijo en servicio de tu Patria, si lo pierdes para siempre en el cumplimiento sagrado aún brota de tu alma la santa resignación y de tus labios un ¡Viva España! ¡Viva el Rey! Eres, más que mujer, una heroína digna de toda recompensa, cruces y laureadas, pues el que murió en campaña murió tan sólo una vez y en la muerte lleva su gloria; pero tú..., que también moriste cuando tu hijo, quedas viviendo para morir constantemente, y para mayor tortura eres prisionera, no en el Rif, eres, sin rescate, prisionera de tu dolor; pero tienes la conciencia tranquila y una íntima satisfacción, pues el hijo amado ha servido a su Patria, se ha portado como un hombre y como héroe, él ha sabido aprender las doctrinas que tú misma desde chiquitín le inculcaste. Se ha portado hasta el fin como tú le has enseñado.

Así vemos cómo se eleva la mujer hasta el heroísmo.

MI-FA-DO.

A la muy ilustre Cristina de Arteaga pide benevolencia para las líneas que le dedica.

HILDEGART RODRÍGUEZ.

Perdona, Cristina amiga, emplee el «tuteo español» para dirigirme a ti. Desde que comencé a tener firmeza mi tierna ideación, acostumbráronse mis oídos a escuchar de labios de mi santa madre las palabras de respeto y elogio que a ti te dirigía, no por tu linaje, ciertamente—con ser éste muy alto—, sino por la extraordinaria inteligencia con que Dios te ha distinguido.

Sabedora de que «MUJER» publicaba algo que a ti se refería, me hice con tan simpática Revista, y... ¡qué de encontrados sentimientos me produjo la lectura de tu conversación con la muy culta Carmen de Avila!

Creando adivinar en tí un poquito de egoísmo al no querer dar publicidad a tus escritos, me permito hacerte una ligera reconvencción.

Los que como tú han sido apadrinados por «The fairy Queen Mab and King Oberon», recibiendo de ellos todos sus dones, contraen el deber moral de enseñar, desde el alto pedestal en que los han colocado, a los que no hemos sido tan favorecidos por ellos.

Debo recordarte que ha de llegar el día que tengas que rendir cuentas de los dones recibidos.

¿Cumples como buena administradora?

A esto creo debió contestar «no».

Poco importa que produzcas mucho, si sólo lo usufructúan los que, como tú, están colocados en un plano social muy superior.

Pero los que no vivimos en ese medio ambiente, tenemos igual derecho a tu saber.

Escribe, escribe mucho, ora en prosa, ora en verso; pero dalo a la publicidad para que todos, así, podamos disfrutar de ello.

¡Es tan dulce enseñar al que anhela aprender!

Madrid, 7 septiembre 1925.

==

CONCURSOS

Este concurso consistirá en relatar un bueno y un mal recuerdo (lo pasado) de vuestra vida. En declarar cuáles son vuestras preferencias y antipatías (lo presente). Y en describir un deseo y un temor (lo futuro).

Las respuestas deben venir escritas a máquina o con letra muy clara, por un solo lado del papel y firmadas con un nombre o seudónimo. En este último caso, sería conveniente, pero no lo exigimos, conocer el nombre y señas de la autora, por si resultase premiada.

Nuestro segundo concurso consiste en que las lectoras expliquen, definan o aclaren, el concepto de la palabra flirteo.

Publicaremos todas las respuestas ingeniosas que recibamos, y para las mejores concederemos importantes premios.

Para más detalles de estos concursos, véanse los números 1 y 2 de MUJER.

LO PASADO :-: LO PRESENTE :-: LO FUTURO

I. Un buen recuerdo: Cuando en mi niñez, primeramente, y más tarde en mi juventud, al ver a mi madre caer enferma, he puesto al servicio de mi voluntad de salvarla toda mi fe para rogar por ella, toda mi inteligencia y conocimientos para buscar remedios a sus males y toda mi actividad para ponerlos en práctica; y he visto coronados mis deseos por el éxito de conservar a mi lado a la más santa mujer que he conocido, al único amor todo abnegación y desinterés de que puede la Humanidad gozar en la Tierra, porque fué el único que acompañó a Jesucristo al pie de la Cruz, que es el amor de madre. Aún lo conservo, y mi mejor recuerdo es haber logrado arrancarlo tantas veces de las garras de la muerte.

Un mal recuerdo: Al regresar un día de mi trabajo, ansiosa siempre de saber cómo pasa mi hijita tantas horas sin madre, y hallándose ella a la sazón enferma, encontrar en la mesita de noche, y sobre una receta del médico, un frasco con etiqueta negra, en la que se leía: «indicado para la tuberculosis pulmonar», cosa que jamás había sospechado que pudiera tener mi hija; y aunque después el tiempo y otros médicos me han quitado de la mente esta horrible idea, no puedo, sin embargo, apartar de mi memoria la impresión que me produjo aquel letrero ni alejar de mí el temor con que siempre vivo de que pudiera esta enfermedad ser una realidad en lo futuro.

II. Mis preferencias: Son y serán siempre, por todo lo que trascienda a verdad desnuda, a la más sincera espontaneidad, a la más estricta justicia, basada en la única Ley que no admite escapatorias de ninguna clase («Al prójimo como a ti mismo»), y por todo lo que puede inspirar un santo y sincero amor a todos nuestros semejantes, sin limitaciones de raza, nacionalidades, religiones ni ideas, egoísmos ni ambiciones. AMOR, VERDAD y JUSTICIA. Todo lo que nazca de estos sentimientos tendrá siempre mis mayores preferencias.

Mis antipatías: Tienden, naturalmente, a todo lo que sea falsedad, aunque sea admitido por los más universales prejuicios de la sociedad, en general, y disfrazado por la urbanidad más admitida y por la más correcta etiqueta; a todo lo que sea injusticia y egoísmo, por más enmascarado que se presente; a todo lo que representa odio y venganzas, aunque se les vista de santos ideales. La mentira, la injusticia y el odio tienen en tal grado mi antipatía, que ni los más bellos disfraces con que la sociedad suele cubrirlos, pueden quitarles un ápice de mi animadversión. No soy más que la negación de la Verdad, de la Justicia y del Amor; y para presentarse en sociedad se han de vestir hipócritamente, como las vemos a cada paso, profanando hasta lo más sagrado.

III. Un deseo: Encontrar, para consuelo en las aflicciones, para consejo en las dudas, para freno en las alegrías, para brújula y lenitivo en la vida, esa sincera, leal y desinteresada amistad de que hablan las Sagradas Escrituras y San Francisco de Sales, en un alma y una inteligencia con más o menos delicadeza de sentimientos e ilustración, pero que, sin fanatismo de ninguna clase, tenga por objetivo el perfeccionamiento en todos los órdenes; por base de sentimientos, la bondad, según la Ley natural impresa por Dios en la conciencia humana, y por aspiraciones el bien para todos, como para sí misma.

Un temor. Que puedan agotarse mis energías físicas y morales antes de lograr proporcionarles un buen porvenir a mi hija y algunos años de mejores cuidados y bienestar a mi anciana madre.

L. C. LORENZIS.
Barcelona.

I. Mi mejor recuerdo: En lo pasado es el tiempo transcurrido en la escuela, donde me consagré con mucho interés a aprovechar el tiempo, instruyéndome y aprendiendo a ser laboriosa, para luego ser útil a mis padres, a la Patria y a Dios.

Uno de los recuerdos peores: Fué el día que mi perrito mordió a un niño; creí que se había vuelto rabioso y no estuve contenta hasta que lo hubieron examinado; no tenía nada de semejante enfermedad, pero actualmente, cuando recuerdo lo ya dicho, se me saltan las lágrimas.

II. Mis preferencias: Una buena amiga que sea franca, buena, cariñosa, y siempre que le consulte en algo que me ocurra, que me aconseje para bien mío; si tengo penas, que me consuele; en fin, una verdadera amiga.

Mis antipatías: Son para las amigas que fingen ser buenas y no lo son, dicen que quieren y no lo sienten; en fin, un carácter hipócrita no lo puedo soportar en mis tratos familiares.

III. Mi deseo: Es que no me falte salud y fuerza para trabajar y estudiar con anhelo para poder llegar a ser persona culta, poder vivir independiente y dedicarme, según deseo, a la literatura.

Mi temor: Está en que una desgracia me obligue a desistir de todos mis deseos.

DOÑA X.

I. Un buen recuerdo: Mi verano en Portugal, pues todos los muchachos me admiraban y era considerada como la más graciosa de las chicas veraneantes.

Un mal recuerdo: Creo que no hay quien no tenga un montón de ellos; de todos modos, no hay otro peor para mí que la muerte de mi padre.

II. Mis preferencias: Me entusiasma leer y pintar.

Mis antipatías: Detesto tanto hacer visitas de pésame como escribir cartas por pura fórmula, pues ambas cosas no sirven más que para molestar al que las hace y a quien las recibe.

III. Un deseo: Que me dejen vivir la vida tal como yo la siento.

Un temor: Temo todo. La misma vida me da miedo, y siento el mismo horror al abrir los ojos por la noche y verme sola en mi alcoba, que cuando pienso que algún día puedo hallar esta misma soledad aún estando entre mucha gente.

MARY SOL.

I. Un bueno y un mal recuerdo.

—Abuelita, no puedes negarte. Piensa en lo que dirían. Es para un fin benéfico. Tú eres la presidenta, y además me gustaría a mí tanto... ¡Anda, abuelita; déjame...!

El teatro ofrecía el aspecto de las grandes solemnidades. Todo X. ¡Qué miedo, madre mía, al alzarse el telón...! ¡La sala entera estalló en aplausos y una lluvia de flores me cubrió por completo...!

Las portezuelas del exprés se cerraron con estrépito. En el andén quedamos solas «miss» y yo. El se asomó a la ventanilla. Mis ojos se clavaron en los suyos. «Volveré», murmuró... Sentí un silbido agudo. El tren partía como una centella...

II. Mis preferencias y mis antipatías.

Prefiero el tiempo en que vivimos, en que las muchachas podemos leer, oír y hablar de todo, con moderación, por supuesto, pero sin gazmoñería. ¡Soy muy de mi siglo! Me encanta la música, un buen libro, una bonita comedia. Me gusta mucho charlar con ellas y con ellos; pero detesto esos pollos bananas que dicen ahora: ¡Ay, chica, estás jamón!

III. Un deseo y un temor.

Paseando por la avenida del jardín, espío impaciente la llegada del cartero. ¿Será hoy cuando llegue la carta? ¡La tan deseada!, ¡la definitiva!, y un temor me asalta: él, tan extraño, tan complejo..., ¿sabré hacerle feliz?

MARÍ.

Buen recuerdo: Cuando fui madre.
Mal recuerdo: Cuando murió mi madre.
Preferencias: Los niños, teatros y labores.
Antipatía: A todo ser hipócrita, calumniador y holgazán.
Un deseo: Que se efectue mi segundo casamiento.
Temor: Que no se realice mi boda cuando yo quiero.

CARMINA GONZÁLEZ.
Sevilla.

I. Lo pasado: Para mí no existe el recuerdo. Todo lo que fué y no es no me gusta recordarlo. Si fué malo..., ¿para qué?; si fué bueno, ¿por qué?

II. Lo presente: Creo en la vida y espero mucho de ella. Y en esto, tan grande, no pueden haber preferencias ni antipatías.

III. Lo futuro: Tengo una esperanza, una esperanza viva, una esperanza loca... y temo que la vida, a quien tanto quiero, sea mi propia madrastra.
Temo a la vejez sobre todas las cosas. Es un páramo donde no pueden nacer flores.

I. T.

I. Un buen recuerdo: El día que conocí al que hoy es mi esposo.
Mal recuerdo: El día que murió mi primera hija.
II. Preferencias: La música, la lectura, escritura y cine.
Antipatía: A todo ser envidioso y a los hombres que no saben serlo y se dejan dominar.
III. Un deseo: Comprar una casa en el mejor sitio de Sevilla.
Un temor: Que me quede con las ganas.

JOSEFINA DE KLUG.
Sevilla.

I. Uno de mis mejores recuerdos es del día que me presentaron en sociedad. ¡Mi primer baile! ¡Qué alegría! Nunca lo olvidaré. Después, la primera declaración de amor que recibí me causó un disgusto; pasé un mal rato cuando tuve que decirle a aquel hombre bueno, y al parecer enamorado de mí: «Usted no es mi tipo».

II. Me gustan los hombres morenos; son más trabajadores y formales. En cambio, los rubios me parecen muñecos de salones, nacidos solamente para bailar, perfumarse y hacer el amor a las mujeres.

III. Desearía ser un poco mayor, casarme y tener una niñita rubia a quien peinar y despeinar constantemente; pero me horroriza la idea de que el hombre a quien elija para marido sea uno de esos para los cuales las mujeres somos unas muñecas muy bonitas, dignas de ser admiradas; pero que no llegan nunca a conocer nuestros sentimientos ni a apreciar lo que vale el alma de una mujer...

LOLÍN.

¿QUÉ ES FLIRTEO?

A mi juicio, el flirteo es una de las muchas tonterías que existen. Nace de la ociosidad. No obstante, en muchas ocasiones caemos en el anzuelo que nos tienden.

PIPIOLA.

A la pregunta de ustedes que qué es flirteo, les respondo que según lo que yo opino es coquetear, o sea poner en juego toda nuestra astucia femenil para conquistar a un hombre.

JAZMÍN.

Niña que me has preguntado con tus labios de carmín y con el candor pintado en tus ojos de zafir.

Tienes quince años apenas, aún eres flor sin abrir y, sin embargo, ya anhelas saber qué cosa es el «flirt».

Ten cuidado, niña hermosa, que el flirt te puede engañar, ocultando entre sus rosas espinas que hacen llorar.

«Es un algo vaporoso adornado de ilusión con ropaje caprichoso, volando de flor en flor.

«Es una coquetería que nace de dos miradas; es pura galantería de algo de amor disfrazada.

«Es como Icaro, curioso, y vuela en pos del Amor, pretendiendo, el ambicioso, llegar también a ser dios.

«Mas cuando más cerca llega el atrevido chiquillo, sin alas también se queda el presunto dioscecillo».

Vela, pues, niña querida de ojitos como el zafir, no te sorprenda dormida el juego de moda «FLIRT».

YOTÓ.

PASATIEMPOS

Gran Concurso de PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS

PREMIOS

por
Pesetas **1.000** en
metálico.

- 1.º =500 pts.=500 pts.
- 2.º =200 pts.=200 pts.
- 3.º =100 pts.=100 pts.
- 4.º a 7.º = 25 pts.=100 pts.
- 8.º a 17.º =10 pts.=100 pts.

Total 1.000 pts.


































El entretenido pasatiempo de las PALABRAS CRUZADAS, difundido por el mundo entero con inusitada rapidez y éxito sin igual, consiste en una figura (rectangular o no) hecha con cuadrados blancos y negros. Los blancos corresponden a letras que forman palabras. Los negros son puntos de división entre unas y otras palabras. Hasta ahora se daba como orientación para buscar las palabras una alusión a su significado, hecha no sólo con deliberada vaguedad, sino con propósito de despistar o dificultar la solución. Decláse, por ejemplo: «Se usa para pescar», y la palabra resultaba ser MANO, que, en efecto, se usa para pescar, y también para dar enérgicos pufetazos... Por primera vez en España damos nosotros las PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS. En ellas cada cuadrado contiene un dibujo representando un objeto cuya primera letra corresponde con la del cuadrado mismo. Así, en el primer cuadrado superior izquierdo del primer problema publicado hoy, el cuadrado contiene una tumba; la letra del cuadrado es T. Trátase, pues, de adivinar qué representan los dibujos contenidos en los cuadrados y de ir colocando las letras correspondientes en los cuadraditos en blanco colocados a la izquierda de cada cuadrado.

Las letras deben formar palabras no sólo en sentido horizontal, sino en el vertical también.

Las palabras empiezan siempre en un cuadrado de esquina o desde un cuadrado numerado. Terminan siempre en un cuadrado de esquina o en un cuadrado negro. Nunca una palabra continúa de una línea a otra.

Ejemplos: En el pasatiempo de hoy la primera palabra horizontal empieza en el primer cuadrado de la primera línea (esquina) y termina en el último de la misma. La segunda horizontal empieza y termina en el primer cuadrado de la segunda línea, puesto que es un cuadrado de esquina y tiene a su derecha un cuadrado

Problema número 7.

	1	2	3	4	
				YOCASTA	OLEO
5		6			
		8		9	
10	11			12	13
					OXFORD
14	L			15	
					
D		16	17	2.º 18	O
					
19	20	21	22		S
					
	23	4+4=9			NÚMEROS PREMIADO
					

negro. La primera palabra vertical empieza en el cuadrado numerado 1 y termina en el último cuadrado (esquina) de la misma línea vertical (el que lleva el número 25). Sólo van sin número aquellos cuadrados que encierran en sí toda la palabra, como el primero de la segunda línea horizontal y el primero de la séptima. Para facilitar la solución, se indica en algunos cuadrados la letra que les corresponde.

Condiciones del Concurso

1.º Consta de catorce problemas que se publicarán simultánea y semanalmente en MUJER y en CHIRIBITAS, revistas ambas de la Editorial «Saturnino Calleja», S. A. El Concurso es único para las dos revistas, pero basta con ser lector de una de ellas para poder tomar parte en él. El mismo problema se publicará los miércoles en MUJER y los sábados en CHIRIBITAS.

2.º La solución de cada problema se escribirá en los cuadrillos blancos

que hay para ese objeto a la izquierda de cada cuadro grande.

3.º Las catorce soluciones se enviarán juntas al final del Concurso. Las que se envíen sueltas serán desechadas.

4.º Cada lector podrá enviar una o varias series de soluciones a los catorce problemas si encuentra varias que se ajusten exacta o aproximadamente a los dibujos publicados. Si envía varias lo hará en sobres separados.

5.º Un concursante no podrá obtener más de un premio.

6.º Las soluciones se escribirán de escribir con claridad y precisamente sobre el dibujo recortado de una de las dos revistas MUJER o CHIRIBITAS. Las que se reciban confusas o hechas sobre calcos, etc., serán desechadas.

7.º Los premios serán adjudicados en todo caso; si nadie envía soluciones completamente exactas, los premios serán—por su orden—para aquellos cuyas soluciones se aproximen—por su orden también—a la exactitud.

En cambio, si hubiese varios concursantes que enviaran todas las soluciones exactas o con igual aproximación, el premio se dividirá o se sorteará, según lo que, a juicio del Jurado, proceda, en vista de la cantidad y circunstancias de los concursantes cuyas soluciones coincidan.

8.º Los nombres de los premiados se publicarán en MUJER y en CHIRIBITAS tan pronto como se hayan podido clasificar las soluciones recibidas.

9.º El plazo para enviar las soluciones caducará dos meses después de publicado el último problema.

10.º No se mantendrá correspondencia acerca de este Concurso. Tomar parte en él supone someterse a sus condiciones y renunciar a toda posible reclamación.

11.º Ningún redactor de CHIRIBITAS ni de MUJER, ningún empleado de la Editorial «Saturnino Calleja» podrán ser premiados en este Concurso.

JEROGLÍFICO

D

Boton de órgano

CHARADA

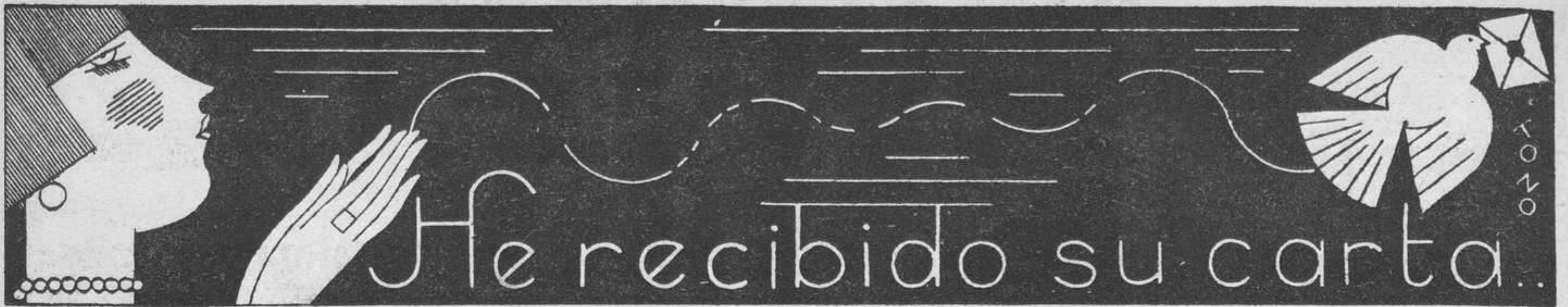
Ayer me 2.º-3.º mi madre porque fui a buscar agua al 1.º-3.º; mas no me enfadé, porque como es tan 2.º-1.º la tengo mucho TODO.

JEROGLÍFICO

1 D A D A

CHARADA

Me voy a la 5.º-1.º a ver si no 1.º-2.º más 3.º-4.º-5.º sin hallar éste TODO, que ya lo habría hallado cualquier 3.º-5.º.



YORÓ.—Sí, desde luego, puede mandar esos cuentos y poesías; a juzgar por su bonita respuesta a nuestro concurso del «Flirteo», seguramente serán preciosos y honrarán la *Página de las lectoras*.

FLEUR DE RÉVE.—¿Por qué esa timidez? ¿Por qué ese rubor? Su «Leyenda» es muy linda; lejos de avergonzarla, esto debía animarla a levantar, para el público, como lo ha hecho para mí—cosa que no tengo palabras bastantes para agradecerle—, el velo de un incógnito que nada justifica.

Quiero esperar que la publicación de su «Leyenda» en estas páginas, sea para usted un estímulo en los principios de su carrera literaria, en la cual le deseo los triunfos que se merece. Puede seguir enviándonos trabajos; los acogeremos siempre con profunda simpatía, créalo.

DIÁLOGOS DEL CORAZÓN.—Eso que usted nos pide, de la contestación por medio del anuncio, etc..., no puede ser. Pero si nos envía trabajos más breves que estas «Hojas de un diario», las publicaremos con sumo gusto en la *Página de las lectoras*.

F. MIRET. Barcelona.—Creo que no ha entendido usted perfectamente las condiciones de nuestro concurso de *Palabras cruzadas*; las expusimos en los números 1 y 2 de *MUJER*; le recordaré dos esenciales: Deben indicarse los nombres de los objetos que representa cada cuadro numerado, y las iniciales de estos nombres formarán entre sí unas palabras que han de empezar siempre en un cuadrado numerado y terminar en un cuadrado negro.

«Las soluciones habrán de enviarse todas juntas al final del concurso. Cualquier solución que llegue suelta, no será tomada en consideración.»

MIMI.—1.º Lo mejor es sencillamente humo. 2.º Con el dedo previamente untado de vaselina. 3.º Luego, pase por los párpados un algodoncito con polvos blancos o *rachel* claro; el sombreado quedará perfecto.

R. B. DE A.—Sí, es verdad; de seis a siete meses, a veces más. Comodísimo y precioso, sobre todo si se da usted buena maña para *marcar las ondas*. Sí, conviene mejorarlo a diario. Pero le advierto que si el pelo es teñido, la operación es absolutamente inútil..., aun cuando el peluquero le hiciera concebir esperanzas.

UNA MARISABIDILLA.—La edición de *El abuelo*, de Galdós, obra de teatro, está agotada; solamente la encontrará usted en novela.

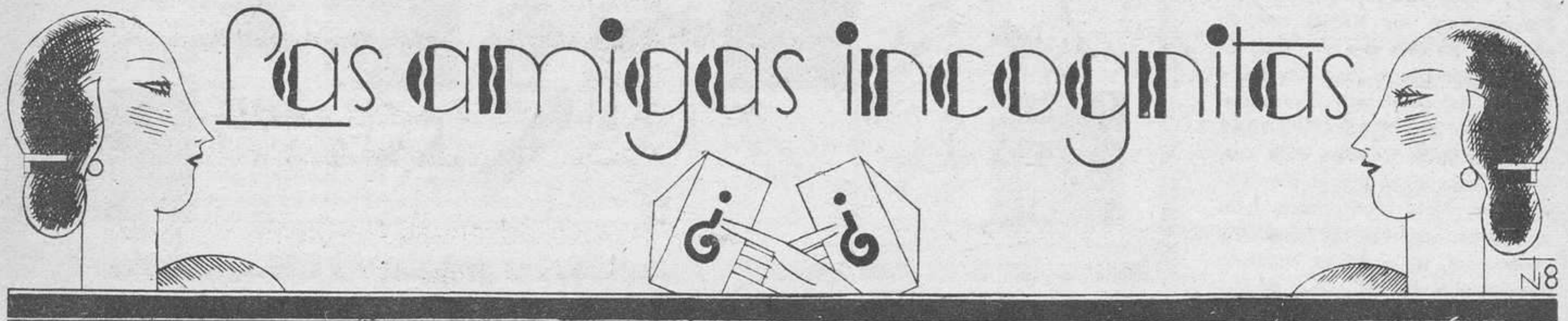
MISS FLIRT.—No tiene nada de particular, no se preocupe; debe quemarlas a la llama de una vela, pues cortándolas es fácil que vuelvan a salir.

COPELITA.—Al limpiar las telas de seda hay que tener mucho cuidado con no arrugarlas, ni retorcerlas cuando se tienen en el agua, y se debe utilizar un cepillo muy blando para quitar primero con agua tibia, las manchas.

El lavado con agua de patatas tiene la ventaja de servir igualmente para las telas de algodón y para las de lana.

Para hacer esta agua, se deslien 125 gramos de fécula de patata en medio litro de agua y se calienta después, hasta que tome la consistencia de gelatina. Luego se disuelve en diez litros de agua tibia, y en ella se enjabona la tela, enjuagándola después con agua fría.

Con este procedimiento, renacen el tono y los colores primitivos de la tela.



¿Sólo algo? Mucho podría decirte, atolondradilla amiga incógnita, sobre lo que consultas a tus incógnitas amigas. Vayamos por partes.

En primer lugar, has de reconocer que tu piano, aunque no fuese de lo que tú necesitas, de hierro, no tiene la culpa de que «no te salga» un vals romántico. ¡Pobrecito! ¡Qué más quisiera él! Pero, ¿cómo quieres sacar un vals romántico, si conforma mejor con tu temperamento galopar por terrenos agrios y pelucoscos, en busca de nidos de cóndores y águilas?... ¡Qué nervios! Sin embargo, voy a darte una receta «psiqui-mecano-sedativa» para calmar esas crisis nerviosas que te amargan la existencia. Hela aquí:

Cuando te pongas furiosa y vayas a desahogar tu furor contra las teclas de tu piano, piensa en un segundo que si lo rompes o lo estropeas perderás más que si te diriges hacia una cosa menos frágil—una mesa, por ejemplo—, y obrando como si estuvieras ante el piano, la golpeas con toda tu fuerza, hasta con los puños cerrados, si quieres...

Haz la prueba. Verás cómo te calmas. Pues bien. Una vez que el sistema nervioso se haya formalizado, puedes pensar un rato sobre la causa de tu último berrinche y al mismo tiempo buscar el medio de que todo se arregle con paz y amor.

Supongamos que tú tenías un novio, al que adorabas con todo el fuego y energías avasalladoras de que dispones.

Supongamos también que tú no evitabas, en tu trato con él, tu carácter autoritario e irascible...

Sigamos suponiendo—¿por qué no?— que tu novio era algo altivo, a la par que enamorado, y que creía ver en tu nada reprimida briosidad y despotismo un enemigo de su felicidad... Se figuraba que tú no querías más que divertirte a su costa, para, una vez cansada del juguete, mandarle a paseo... Y, claro, el chico abandonó unos amores que sólo le reportarían grandes disgustos...

Dejemos ya de suponer: Modera tu carácter; haz que él lo comprenda, al mismo tiempo que le abres las puertas de tu corazón—nunca faltan a la mujer medios para ello—, y él volverá.

Anda por el camino suave, pues por el pedregoso no hallarás sino cansancio, sed y tristeza...

¿Estamos?

LA CONDESA DE LLOPIR.

«Amiga» Margarita: Perdona que te llame amiga, pero es que tengo la convicción que hemos de serlo, y buenas.

Tú buscas un alma amiga que te comprenda, que sea tu compañera de ideales, y desconfías en encontrarla.

¿Quieres que ésta se la de

OFELIA?

A *Una Madre*.—Yo, que he leído algo, ese «algo» que nos está permitido a las chicas, voy a indicarte una colección de libros muy a propósito para lo que deseas. En ella he conocido a casi todos los clásicos: *Colección Aurea*.

Es bonita y espero que le agradará a tu hija. Así lo desea

UNA LECTORA.

Para Margarita.—No sé si seré su amiga de la sombra, aunque parece hay en nosotras alguna analogía de temperamentos. Y digo que parece porque yo, en mi romanticismo, no me encuentro desgraciada, sino, por el contrario, muy satisfecha. ¿Es que hay que adaptarse—adocenarse, diría mejor— al ambiente materialista para ser feliz? A mi juicio, nada más lejos de la felicidad que el materialismo.

El romántico por excelencia, es dichoso y sinceramente compadece a aquellos que se mofan de él, pobres almas incapaces de saborear las delicias que proporciona la defensa de una causa justa y de apreciar la belleza de un sentimiento puro y noble. ¿Hay cosa más sublime que la abnegación? Y la abnegación es enemiga del materialismo, que a las veces se emboza en el utilitarismo para no parecer tan descarnado.

Grato placer encontraría en que estas líneas la sirvieran para despojarse de su concepto de desdichada.

VIOLETA.

Simpáticas amigas incógnitas: Os saludo y deseo que me contestéis a estas preguntas:

1.ª ¿Qué asignaturas son necesarias para el Cuerpo de Correos y de Telégrafos?

2.ª ¿Exigen título de bachiller o maestra normal?

3.ª ¿De qué edad en adelante se pueden hacer las oposiciones?

Os estaré muy agradecida si me contestáis muy pronto.

ESPERANZA VIGO.

MARQUESA ROSALINDA.—Yo creo que el único remedio para que un hombre no tenga celos es la formalidad; y si con que tú seas formal, tu novio no se corrige, ya no hay remedio, es enfermedad crónica.

A mí, en cambio, me pasa lo contrario, y yo imploro de ti o de cualquier otra de mis «amigas invisibles», me digais qué haría yo para que mi novio, que está fuera, tenga celos, y salga de esa especie de apatía o indiferencia que a mí me desespera y que no consigo vencer.

Os lo agradecerá

ROSA-MARÍA.

Me gustaría tener correspondencia sobre autores extranjeros e intercambio de poesías con una señorita aficionada a la literatura. ¿Hay alguna que me diga cuál es, y por qué, su obra preferida entre todas las de Jack London?

FLEUR DE REVE.

¿Qué amable desconocida, más enterada que yo de las costumbres sociales, dará contestación a la pregunta siguiente?

En la casa que habito viven varios inquilinos, con los que no tenemos amistad para visitarnos; sólo nos saludamos muy ligeramente si nos encontramos por la escalera. Mi hijo va a casarse: ¿debo participárselo a los vecinos?

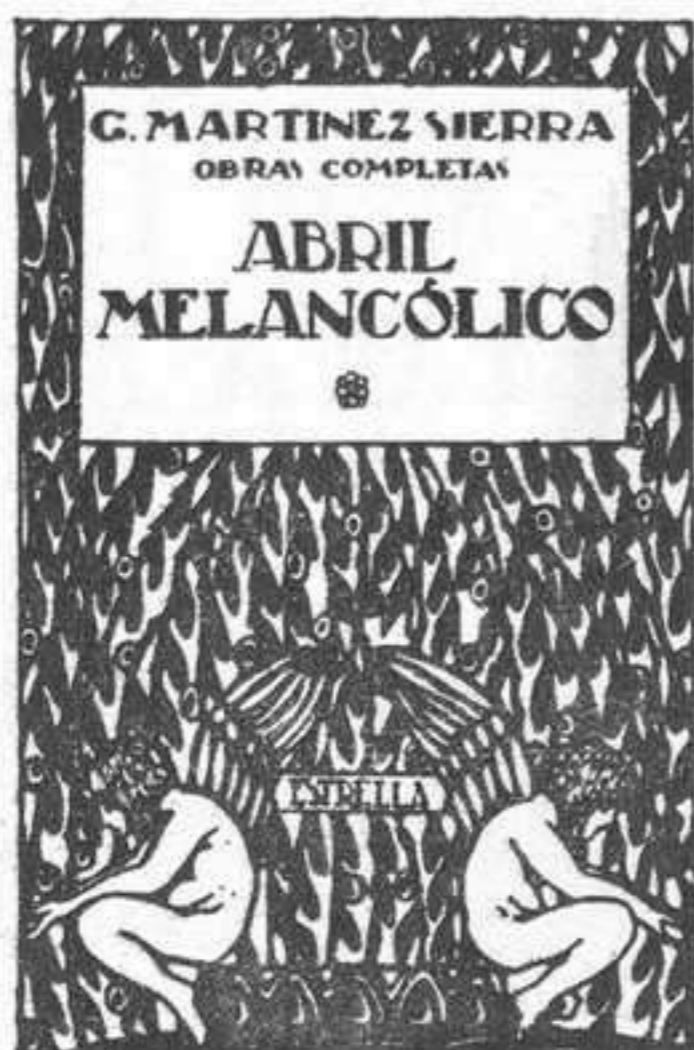
SENSITIVA.

Barcelona.

OBRAS COMPLETAS

DE

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA



NOVELA Y TEATRO

Pesetas.

Pesetas.

- | | | | |
|---|-----|--|------|
| * 1.—El poema del trabajo, Diálogos fantásticos, Flores de escarcha. Prosa lírica..... | 5,— | 17.—Canción de cuna, Primavera en otoño, Lirio entre espinas..... | 4,50 |
| 2.—Sol de la tarde (Novelas)..... | 5,— | * 18.—Mamá, Madrigal, El pobrecito Juan..... | 4,50 |
| 3.—La humilde verdad (Novela)..... | 5,— | 19.—Amanecer, Las golondrinas, El ideal..... | 4,50 |
| * 4.—Motivos (Crítica lírica)..... | 5,— | * 20.—Esperanza nuestra, Sueño de una noche de Agosto, Rosina es frágil..... | 4,50 |
| * 5.—Tú eres la paz (Novela)..... | 5,— | 21.—Teatro de ensueño. Jardín de Santiago. Rusiñol. Melancólica sinfonía de Rubén Darío. Ilustraciones líricas de Juan R. Jiménez..... | 5,— |
| * 6.—La feria de Neuilly. Ilustraciones de Barradas..... | 5,— | 22.—El peregrino ilusionado (Viaje sentimental.) Ilustraciones de Laura Albéniz..... | 5,— |
| * 7.—Aldea ilusoria. Ilustraciones de Laura Albéniz..... | 5,— | 23.—La vida inquieta (Glosario espiritual)..... | 5,— |
| * 8.—La casa de la primavera. Poesías. Prólogo de Rubén Darío, Juan R. Jiménez, Antonio Machado, Eduardo Marquina, Francisco Villaespesa y E. Díez Cannedo..... | 5,— | 24.—El Reino de Dios, La adúltera penitente, Navidad..... | 4,50 |
| 9.—Abril melancólico (Novelas)..... | 5,— | 25.—Vida y dulzura, La sombra del padre, Hechizo de amor..... | 4,50 |
| 10.—El diablo se ríe (Novelas)..... | 5,— | 26.—Don Juan de España (Tragicomedia)..... | 5,— |
| * 11.—La selva muda (Novelas)..... | 5,— | 27.—Corazón ciego..... | 4,50 |
| * 12.—Granada (Guía emocional)..... | 5,— | * 28.—Mujer..... | 4,— |
| * 13.—Cartas a la mujer de España..... | 5,— | | |
| * 14.—Feminismo, Femenidad, Españolismo..... | 5,— | | |
| * 15.—La mujer moderna..... | 5,— | | |
| * 16.—Kodak romántico..... | 5,— | | |

(Se marcan con asterisco aquellos libros que pueden dejarse en todas las manos.)



DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., APARTADO 447.—MADRID

DICCIONARIO CALLEJA

NUEVA EDICIÓN ENTERAMENTE REFUNDIDA DEL FAMOSO

DICCIONARIO - MANUAL ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO

DE LA

LENGUA ESPAÑOLA E HISPANO-AMERICANA

UN TOMO DE
1.384

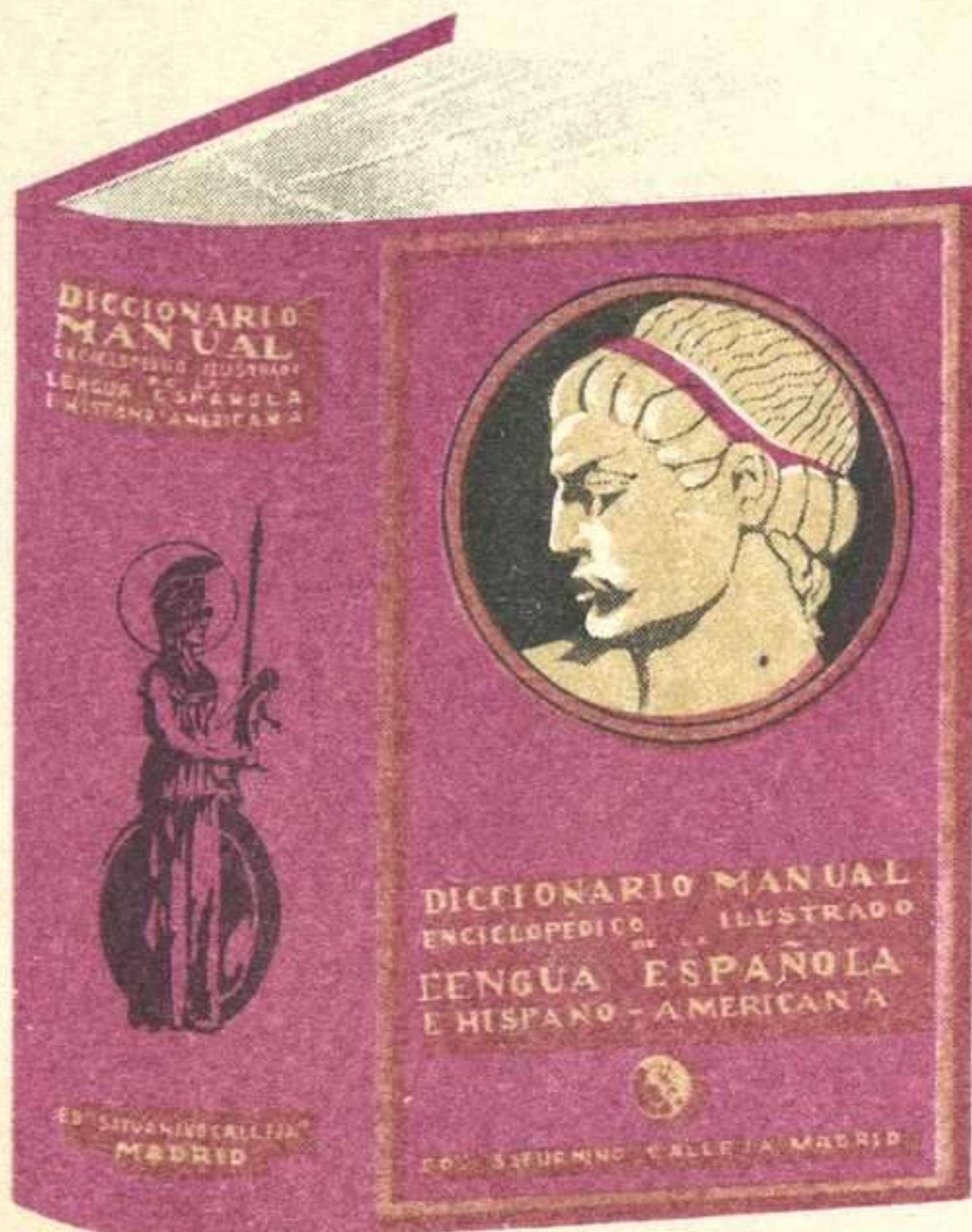
PÁGINAS, CON UNAS
6.880.000

LETRAS,
7.000

GRABADOS,
19

LÁMINAS EN COLOR,
250

MAPAS Y PLANOS
ESPECIALES



ENCUADERNADO

EN TELA INGLESA

CON ARTÍSTICAS

PLANCHAS

ORIGINALES,

14

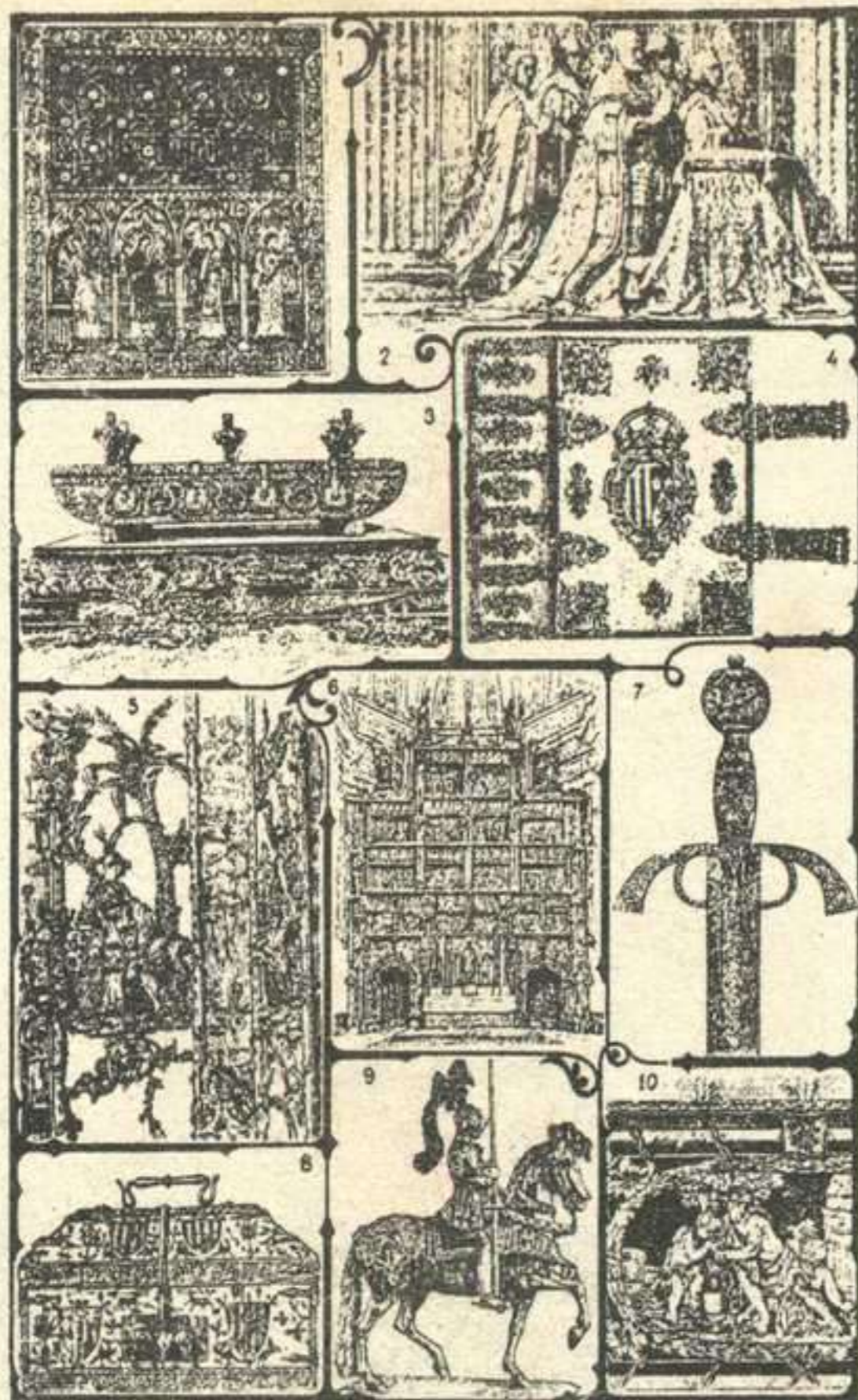
PESETAS

En la numerosa colección de DICCIONARIOS CALLEJA, hace tiempo clásica, es uno de los más famosos, el más unánimemente aceptado y el más universalmente difundido, el DICCIONARIO MANUAL ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO DE LA LENGUA ESPAÑOLA E HISPANO-AMERICANA.

Desde los ya lejanos tiempos de su lejana edición —prístina entre las españolas de su género—, el renombre de este DICCIONARIO ha ido sin cesar acrecentándose. Así hemos procurado acercarlo, también progresivamente, a la perfección, más que en cosa alguna humana inasequible en estos archivos del conglomerado vastísimo, complejísimo e inaprensible que es el léxico de un idioma, aunque no sea tan rico y frondoso como la lengua que hablan los españoles y sus hermanos de América. Tan rico y tan cambiante, porque el lenguaje es tan por esencia vivo, que acaso ninguna otra sea imagen más exacta de la vida, ni se refleje en otro espejo con más rápida fidelidad que en

él y con más que nunca implacable e impasible rigor la corriente perdurable de las cosas. Sin cesar, como en la muchedumbre de sus vocablos nacen —neologismos— y mueren —voces anticuadas— muchos. Y mientras viven, se perfeccionan, se afinan, crecen o derivan hacia la senectud. Y todo ello ha de registrarlo el Diccionario, si no quiere ser, en vez de censo vivo de una viva multitud, retraso añejo que ya no responde a la actual fisonomía.

Por eso, este DICCIONARIO, tomado cuidadosamente de la última faz del viejo idioma cervantino, purificado, embellecido y matizado por tantos siglos rotundos y tantos ingenios felices, ofrece garantías de dar el mejor, o siquiera el más reciente croquis de ese palpitante instrumento sonoro y preciso, altivo y flexible, que usando la bella frase de uno de sus artífices maestros, podemos llamar «áspero y dulce como un paisaje español de piedra y cielo».



MADRID (Arqueología): 1. Entrepiso interior de la izquierda de un típico gótico-mudéjar del siglo XIV, de madera esculpida, pintada y dorada, procedente del Monasterio de Pádua. Real Academia de la Historia, Madrid.—2. Carlos V, su mujer, hija y hermana. Grupo en bronce de Pompeo Loni. Monasterio del Escorial.—3. Arca sepulcral que contiene el aforoso cuerpo de San Isidro Labrador. Catedral, Madrid.—4. Capiteo del Alisal de Isabel la Católica. Basílica del P. Real. Idem.—5. Detalle del Salón de Porcelana, estilo japonés, del Palacio Real de Aranjuez.—6. Retablo de piedra blanca labrada en Génova por encargo de D. Juan II de Castilla. Iglesia del Panis.—7. Escudo del Gran Capitán, con su nombre y blasón. Sobre ella preside el juramento de fidelidad al heredero de la Corona los Grandes de España cuando comienza cada reinado. Armería Real, Madrid.—8. Cofre hispano-árabe en marfil (siglo XIII al XIV). Real Academia de la Historia. Idem.—9. Armadura escuadra labrada en 1638 del Emperador Carlos V. Armería Real. Idem.—10. Fragmento de una placa de porcelana del Buen Retiro (detalle del Salón del Palacio Real). Idem.

63

BALA — 1469 — SALA

torias, sus conquistas y su carácter noble y generoso. Se apoderó de Jerusalén y puso fin al reino cristiano de este nombre fundada por Golofredo de Babilonia ochenta y ocho años antes. La pérdida de Jerusalén dio motivo a la tercera cruzada. Balduino dejó diez y siete hijos a su muerte.

que desagua en el mar cerca de Tarifa y en cuyas orillas se libró en 1340 una gran batalla entre los moros granadinos y los leoneses, mandados por el rey de Granada y por Abulcazar de Marruecos y los señores castellano y portugués reunidos bajo el mando de sus respectivos reyes los Alfonso XI de Castilla y IV de Portugal, en la cual fueron aquellos vencidos.

Salador, s. adj. Que sale. c. l. c. s. f. m. Saladero.

Saladur, f. Acción y efecto de salir.

Salamanca Geog. Ciudad muy antigua de España, con 80.000 hab., a orillas del Tormes, y capital de la provincia de su nombre. Se llamó en la antigüedad Sala-

SALAMANCA

lo en 1109, y su imperio se dividió en ocho ó nueve Estados. El Hainleto del anterior y sultán ayubita de Alepo. Intentó en vano reconquistar al Egipto (siglo XIII).

Salado, s. adj. Dto. del terreno estéril por demasiado salitroso. f. fig. Gracioso, agudo, chistoso. f. fig. Desdichado u. t. c. s. (Cuba). f. m. Caramillo. f. (negro). Zaguza (planta). f. m. Salina (América). f. Geog. Calificativo que agregó al vocablo Río, forma junto con este el nombre propio de varios ríos de España y de América. Entre estos son dignos de nota un afluente del Paraná, y un riachuelo

SALAMANCA (Escudo de).

SALMANTINOS

mántica. f. Una de las provincias que forman el antiguo reino de León. Se divide en 8 part. Jud. y 588 ayunt., con 440.000 hab. f. Biog. (Ortografía de). Escritor es-



SALAMANCA: 1. Doña Elena M. 1272.—2. El chantre Aparicio, M. 1274. (Trajes del siglo XIII tomados de dos vestidas jacónicas de la Catedral vieja de Salamanca.—3. Caballero del siglo XV armado de todas armas. De la estatua jacónica de uno de los caballeros del linaje de Anaya existente en la capilla del mismo nombre de la Catedral de Salamanca).

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., APARTADO 447.—MADRID